



FÁBRICA DE PORTAMONEDAS.

ENCUADERNACION

DE

FEDERICO SCHREBLER.

Frente a la Iglesia de San Agustín.

20.-81-



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

9(109-29)

Volúmenes de esta obra.....

1-3 p.

Sala en que se encuentra.....

BIBLIOTECA NACIONAL



0005260



111920-2) 4003

INDICE

- X1.-Torres, José Antonio.-La hermosa Cadière. Leyenda histórica.
- X2.-Torres, José Antonio.-Educación e instrucción de la mujer.
- X3.-Retrato de la Compañía llamada de Jesús.

Índice.

9(109-29)

Este vol. consta de tres piezas i son como
siguen:

- 1.^a La hermosa Cadivèrè leyenda históri-
ca por José A. Torres. 1853. Santiago.
- 2.^a Educacion e instruccion de la mujer
por José A. Torres. 1854. Santiago.
- 3.^a Retrato de la Compania llama-
da de Jesus, traducido del portu-
gues por José A. Torres. 1854.
Santiago.

Fin.

Allí nada! siempre nada! El alma pura
 Que mancha el soplo criminal, inmundo,
 No tiene mas consuelo en su angustia,
 Que lamentarse en su dolor profundo!
 Pasan los años i la pena dura,
 Viene despues con su desprecio el mundo,
 I así robando en la miseria el alma,
 Va solo a hablar en el sepulcro calma!

Brillaba la Cadete como una estrella
 Que en el azul del firmamento luce,
 La ve en instante i al instante bella
 I el alma sin malicia la seduce:
 Luego insensate con sus plantas huela
 En público a esa niña, i la conduce
 A un fondo precipicio i la sepulta!
 ¡ La desvela la maldad oculta!

Su sepulcro en el mundo está perdido,
 Nadie sobre el despartero una flor;
 Solo el mundo la historia ha recogido
 De su fatal belleza i su dolor.

2

AA C 1540

EDUCACION

E

INSTRUCCION DE LA MUJER.

POR

José Antonio Torres.



SANTIAGO DE CHILE:

IMPRENTA DE JULIO BELIN I CA.

— 1854 —

ANTES DE EMPEZAR.

Varias veces me he ocupado en hablar por la prensa sobre la *educacion e instruccion de la mujer*; pero en todas ellas, como he tenido que ajustar mis pensamientos a las columnas de un periódico, no he podido sino apuntar ideas jenerales que ahora paso a especificar.

Bien conozco cuán árdua i delicada es la tarea que me impongo, i los inconvenientes que ella tiene para tratarse, segun las exigencias de la época, en un pais como el nuestro. Pero alguno debia ser el primero en romper sériamente el silencio sobre asunto de tan vital importancia. I no se crea por esto que trato de imponer a nadie mis ideas: apruébelas o deséchelas el que quiera; ellas no están bebidas sobre los libros sino sobre la misma sociedad, este libro complicado i tan difícil de comprender en sus cien mil peripecias. Si yo nada

alcanzo a conseguir, que otros de talento mas despejado i de mas vastos conocimientos se aprovechen al ménos de la leccion de atrevimiento que les doi, i procuren sacar al bello sexo de la nulidad en que se halla en nuestro pais, i limpiar nuestra sociedad de tantas necias i ridículas preocupaciones que la tienen maniatada.

La mujer entre nosotros está condenada a recorrer un círculo estrechísimo i egoista, que sofoca sus nobles ambiciones, que anula sus inspiraciones mas bellas, que conjela sobre su corazon los sentimientos mas jenerosos i delicados. Criada bajo un réjimen de prohibicion i estricto, mira siempre el mundo bajo un punto de vista engañoso i fatal: mira al hombre como un antropófago que no espera sino la oportunidad en que se descuide su presa para echarse sobre ella: sus padres los cree tiranos dispuestos a amoldarla a sus mas injustas i caprichosas decisiones. La idea de la esclavitud es la primera que baja a plomo a marchitar sus mas preciosos años: la estricta sujecion viene a enardecer sus fáciles pasiones, i las locas esperanzas, los deseos brotados al fuego de mentirosas i febriles ilusiones, la ponen no pocas veces al borde del peligro.

Las madres encargadas inmediatamente de viji-

lar a sus hijas, son las que procuran mantenerlas envueltas en el manto de la preocupacion e ignorancia. I no puede suceder de otro modo. Tratan de formar a la hija como fueron formadas ellas, sin conocer que las exigencias de la sociedad aumentan por momentos, i que ya es necesario que adornen a la mujer todos los atractivos que le ha obsequiado la civilizacion. Creen que el hombre que habla o baila con sus hijas, lleva un objeto ulterior determinado, i entónces empiezan a hacer valer todo el influjo de la autoridad materna, todo el ciego despotismo de que esa autoridad hace siempre alarde, i para decirlo mas propriamente, ponen en ejercicio esas *eternas facultades extraordinarias* que las hacen llevar sus pretensiones hasta sofocarles la luz de la intelijencia i poner círculo a las impresiones del corazon, por ver de imprimir en la hija el sentimiento que en ellas despertara la presencia del hombre.

De este modo arrebatan mas de una vez a sus hijas un porvenir feliz i cercano.

Los hombres contribuyen entre nosotros mui principalmente a infatuar a una mujer, cuando han reconocido en ella alguna cualidad de mérito sobresaliente; i muchas veces se ve que una niña, a quien la naturaleza ha favorecido con formas bellas

i seductoras, se cree con derecho esclusivo a todos los acatamientos i halagos de la sociedad, se torna impertinente i antojadiza, i procura mirar a sus demas compañeras con cierto aire de pedantezca superioridad, sin comprender que una buena educacion i la mayor instruccion posible, seria lo único que podria darla derecho para enseñorearse en un estrado. Una desgracia cualquiera puede dejarla defectuosa, i entónces, adios vanidad, adios necias esperanzas fundadas en los hermosos ojos, adios coquetería, adios florecitas de lisonjas que sacaban a los labios tantas sonrisas de satisfaccion. La pesadumbre embarga el espíritu; la impotencia lo asesina; la indiferencia, por no decir el desprecio, sucede a los halagos i a las dulces mentiras, i ya no hai ni bellos colores en el prisma que refleja el porvenir, ni risueños fantasmas velando el ajitado sueño, ni preciosas flores en el verjel de la esperanza. I luego, si la pobrecita es cerrada de entendimiento, o no entiende de otra cosa que de ajustarse el corpiño, bien puede mandarse a cantar maitines tras las rejas de un monasterio, o quedarse de *enredista* en sociedad procurando desbaratar la felicidad de sus semejantes.

Si aun tiene gruesas sumas de dinero, bien puede encontrar especuladores que la tomen por su *dulce*

mitad; pero entónces, infeliz de ella! mas le valiera no levantar en toda su vida las rodillas en un cláustro.

¡Buenos son los hombres para sentir amor por mujer *defectuosa*, ni aun para conmovirse por la desgracia!

Si la mujer se manifiesta con ellos desdeñosa, es tonta, si halagüeña es coqueta, sin ver que ellos tienen la culpa de que se crea la mujer muchas veces lo que no es i que ponga en juego las mismas armas que ellos la han enseñado a manejar. I me ocurre aquí lo que dice Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza en una de sus comedias, que no ha perdido su actualidad, apesar de haberla escrito ese poeta español en el siglo XVII.

¡Qué es lo que mas condenamos

En las mujeres? ¡El ser

De inconstante parecer?

—Nosotros las enseñamos.

—¡Tener al dinero amor?

—Es cosa de mui buen gusto,

O tire una piedra el justo

Que no incurra en este error.

—¡Ser fáciles?—¡Qué han de hacer?.

Si ningun hombre porfía,

I todos al cuarto dia

Se cansan de pretender ?

—¿Ser duras?—Qué nos quejamos

Sí todos somos extremos ?

Difícil lo aborrecemos

I fácil no lo estimamos.

—Pues si los varones son

Maestros de las mujeres

I sin ellas los placeres

Carecen de perfeccion,

¡Mala pascua tenga quien

De tan hermoso animal

Dice mal ni le hace mal

I quién no dijere—*Amen!*

Yo no digo *amen* i muchos como yo tampoco, pero conozco que el hombre es el que hace caprichosa i vana a la mujer.

No creo que entre nosotros haya *coquetas*, no está nuestra sociedad tan adelantada para producir las. No son *coquetas* esas niñas que a dos o tres mozos engañan con las mismas palabras; que hoy dicen *sí* i mañana *no*, que se ríen con todo el mundo i siempre se andan muriendo de amor, cuando por encima de los vuelos del vestido se les conoce la *inalterable salud* de que disfrutaban, i en sus poco *ilustrados* ojos, las desabridas mentiritas con que traen perdidos a algunos tontos. Eso no se llama

coquetería; se llama *lesura*. Ningun mozo de mediano entendimiento se paga de esas simplezas hijas de una mala educacion, o desahogos de un amor propio nunca satisfecho.

La *coquetería* es la última perfeccion a que puede llegar una mujer en sociedad: el talento, el mucho estudio, un profundo conocimiento del corazon humano, es lo que puede llevarla a ese grado de perfeccion. Es el arte mas difícil que se conoce, pues tiene que *enredar sin que la enrede el enredo*, tiene que engañar sin que la engañe el engaño. Un filósofo antiguo se espresa así al hablar de la mujer coqueta—

Siempre usa la mujer de astutos modos

Por prender en sus redes nuevo amante,

Ni el mismo rostro nunca muestra a todos

Que aun tiempo de ademan cambia i semblante.

Toda mujer verdaderamente coqueta no pierde jamás su dignidad: concederá todos aquellos favores que en nada puedan perjudicar su porvenir, pero no entregará nunca de lleno su corazon, porque no se dejará llevar de probabilidades, a no ser que quiera cesar en su mision i vea su ambicion satisfecha. Siempre rodeada de nuevos i mas seductores atrac-

tivos, su conversacion siempre fácil i amena, dispuesta a la condescendencia o alegando excusas dulcemente satisfactorias, va penetrando por grados en el corazon de sus admiradores, hasta convertirlos en otros tantos libros fáciles de manejar. Entónces raciocina i medita en la madurez de su talento, cuál de todos ellos puede asegurarle una estabilidad feliz, i al fin se decide sin que nadie se crea con derecho para maldecir su memoria.

Esta es la *coqueta*, i bien se deja ver que si nos echásemos por nuestra sociedad en busca de ella, tendríamos mui pronto que renunciar a la esperanza de encontrarla. Pero la mayor parte de nuestros jóvenes, como ni hablar en sociedad siquiera saben (i mucho mas si son mozos de fortuna) todavia no sorprenden la sonrisa de una mujer cuando la bautizan de *coqueta*, i se mandan contando que está en amores con fulano, i que engaña a éste i al de mas allá; pero que ellos, con su rara *penetracion*, descubrieron sus *planes amoricidas*, i que ya no la hacen caso i que la desprecian. ¡Necios! i una sola sonrisa de esa mujer bastaria para arrojarlos a sus plantas tartamudeando mentirosas frases de amor.

Mucha necesidad hai, pues, entre nosotros de que se eduque e instruya la mujer, segun las exi-

jencias de la época que alcanzamos. No basta saber leer, escribir, bordar i hacer muñequerías para ser recomendable en sociedad, se necesitan otras muchas cosas, que las madres deben procurar a toda costa obtener para sus hijas. Llamadas a hermostear la vida, a hacerla agradable i lo ménos infeliz posible, deben procurarse los elementos indispensables para conseguir tan noble, tan importante objeto.

Nada valen los hermosos ojos si no saben mirar, nada valen los labios rosados si no saben verter palabras que signifiquen pensamientos, nada valen la cintura flexible i las voluptuosas formas, si no hai estudio para manejarse con dignidad; nada vale, en fin, ser mujer, si no se sabe ser hija, esposa ni madre.

La intencion mas sana, mas pura me ha llevado a escribir este libro. Mis ideas, lo confieso, están en choque abierto con el sistema observado hasta aquí en la educacion de la mujer: por eso me presento combatiéndolo. La que tenga mucho amor a ese sistema, no me lea; la voi tal vez a proporcionar un mal rato: las que se dejan llevar en todo i por todo por los *directores de conciencia*, por esos *jesuitas* minadores de la paz de la familia, pueden arrojarme al fuego ántes de consultarse, porque en sus

absolutas decisiones he de salir necesariamente condenado, puesto que en mi libro trato tambien de destruir sus ridículas i perjudiciales pretensiones respecto de esas secretas influencias con que esos déspotas del confesonario pasan hipócritamente a enseñorearse en el hogar doméstico.

Soi franco, soi sincero. Enemigo conocido del *jesuitismo*, es decir, del mal, todas mis obras deben estar necesariamente marcadas con el sello de esa enemistad, que creo de corazon será mi principal mérito a los ojos de Dios (ya que no de las *beatas*) i lo que atenuará mis faltas de este mundo, cuando me presente a ser juzgado ante su supremo Tribunal.

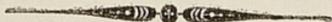
Mi libro, pues, ataca la educacion jesuítica, la educacion en cláustro, como la causa principal de las desgracias de las familias, como altamente mortificante i retrógrada, como condenada por las leyes de Dios i de los hombres.

Vuelvo a repetirlo; no me lea la escrupulosa ni la *beata*, esas que ponen mas empeño en halagar al confesor que en educar a sus hijas, que sacrifican a sus pretensiones hasta las emociones mas inocentes i sencillas del corazon de aquellas que debian mirar como un pedazo de sus entrañas i que han alimentado en su vientre. Cuando una mujer se deja dominar de este modo, es porque ya ha

abdicado sus derechos de madre i porque ha sofocado sus sentimientos de amor.

Empero, si algunas de esas buenas madres de familia, cuya principal ambicion se cifra en procurar a sus hijas un porvenir feliz, que ajenas a esas tenebrosas influencias solo desean legarles buena educacion, instruccion i honradez; si algunas de esas excelentes madres llegan a consultar mi pobre libro, es mi voto porque encuentren en él algo que pueda serles de alguna utilidad; i si chocan con alguna de mis ideas, que tengan en cuenta la sana intencion que las dicta, i la sincera voluntad que me ha llevado a consagrarme a su servicio.

No tengo mas estímulo ni espero mas recompensa, que el hacerme comprender i obtener la aprobacion de las almas honradas.



EDUCACION

E INSTRUCCION DE LA MUJER.

LIBRO PRIMERO.

I.

Regularmente las madres mas se empeñan en mimar a sus hijas cuando están en los años de la infancia, que en empezar a educarlas. No hai chiquela que no sea mal criada, voluntariosa i regañona, i es preciso que la niña tenga una índole en extremo suave i bondadosa, para que no abuse de esa largueza en que la madre la cria, i no se sienta dispuesta a incomodar por todo.

Esto de hacer aparecer a una niña en sociedad cuando aun no ha principiado a ser mujer, tiene sus graves inconvenientes i era lo que las madres debieran evitar con esmero. Percibiendo el murmullo de un mundo que no puede comprender, presenciando talvez manifestaciones que puede in-

terpretar mal, escuchando halagos que no puede pesar en su valor verdadero, van despertándose en ella insensiblemente una peligrosa curiosidad, la malicia, las exajeradas pretensiones. Luego se hace presumida i empieza a aspirar; el corazon se vá viciando poco a poco con el roce de la sociedad que no está en estado de comprender, i cuyo lenguaje llega a sus tiernos oidos como notas de un concierto lejano i confuso; aspira a goces procurando anticipar el desarrollo de las pasiones i creyendo encontrar el cielo en todas partes. Quiere penetrar en el misterio de la vida social i no tiene intelijencia; quiere anegarse en voluptuosas emociones i no tiene corazon.

Nada mas impertinente que estas criaturas que quieren anticiparse a la edad i que ansian libertad i placeres, cuando todavia la leche de la infancia se divide en sus labios. Toda condescendencia de las madres respecto de sus ridículas pretensiones, es altamente perjudicial. Esas chicuelas fastidian en sociedad, porque las mas veces por consideraciones a los padres se ven las jentes obligadas a entablar pueriles conversaciones con esas muñecas que las hacen pasar un rato desesperado. Otras quieren que las cortejen, i esto es lo mas gracioso del cuento. Le vuelven a V. los ojos como una persona ena-

morada, se muerden los labios i acomodan por momentos el vestido. Hablan de la elegancia, i de la desgracia que ellas tienen con las costureras que no han de acertar con las *formas* de su cuerpo para ajustar el corpiño : de lo bien que les pareció V. cuando lo vieron en la filarmónica, el teatro o el paseo : de los ataques nerviosos que las desazonan por momentos i de los insomnios de la noche anterior. ¿Hai diablillos mas incómodos? . . . I resulta despues que vuelven los ojitos porque una vez lo vieron a la hermana o la amiga de ésta, i que la fatalidad de las costureras depende de que sus ayas les han de hacer los vestiditos cortos i les han de poner vuelos o encajes a los pantaloncitos, i que el ataque nervioso fueron unos pescozonsitos que las dió la mamá, i los insomnios una taima que las trajo amurradas.

El amor al lujo i las diversiones suntuosas vá formándose en esas criaturas una pasion irresistible ; i es esta, de todas las pasiones que mortifican a una mujer, la que mas la domina, la que embriaga mas el corazon, la que la absorve completamente. El lujo es el demonio vestido de anjel que camina a su sombra, que la acompaña en sus sueños, que la dibuja cuadros brillantes al despertar, que la toma suavemente de la mano i la conduce

las mas veces al precipicio, siempre sonriéndola i ella siempre contenta hasta el instante fatal de despeñarse.

La niña de tiernos años que crece en medio del fausto de las sociedades, que siempre se ha visto engalanada con preciosas joyas, que ha sentido placer al conocer el efecto que sus ricos vestidos hacen entre sus compañeras, concluye por considerar el lujo como principal elemento de felicidad i como indispensable requisito para presentarse en estrado haciendo parte de la sociedad de gran tono, como la llaman. Mira con monosprecio a todas aquellas que no gastan magnificencia en el ropaje, i esta ne-
cia superficialidad va insensiblemente dañándole el corazon.

Sí, corrompe sus sentimientos; porque esa niña se burlará de la indijencia, se sentirá siempre inclinada a poner en ridículo a la niña pobre que no puede usar trajes a la moda, que es humilde la tela de sus vestidos i que estos son mal hechos, porque esa pobre niña no ha tenido con qué pagar costureras de *tono*. Soberbia, orgullosa, la importunará la miseria i negará un socorro al infortunio, porque la vista de la desgracia i la pobreza debe incomodarla i repugnarle. El mas bello sentimiento que debe siempre conmovier el corazon de la

mujer, la *caridad*, estará helado en su pecho, porque no gustará acercarse al que sufre i darle una limosna. No tendrá pensamientos sino para su tertulia, no tendrá sentimientos sino para los que la envanezcan, no tendrá tiempo sino para consagrarlo a su tocador.

Esa criatura que se ha hecho mujer en medio de las diversiones i de la fatuidad, está mui distante de valer a los ojos de un hombre de talento, lo que otra que se haya criado modestamente ejercitando los sentimientos nobles que forman el buen corazon, ayudando a los pobres i compadeciendo las desgracias de sus semejantes. Esta será susceptible de toda accion bella i jenerosa, i mil veces mas valdrá a los ojos de Dios i del mundo la lágrima de ternura que ésta derrame sobre los harapos del mendigo, que la valiosa joya arrojada por aquella por vanidad u ostentacion. La una le llevará con su llanto el consuelo de la fraternidad, i la otra la amargura de un despotismo cruel, puesto que a su limosna acompañará el desprecio.

La modestia, la humildad, deben hacer apreciable a una criatura en su niñez, i la modestia i la humildad deben caracterizarla en todas las épocas de su vida.

Tengan cuidado las madres de no envanecer a

sus hijas con un lujo que mañana les puede faltar, i que esa falta bien puede ser la causa de amargas desgracias, de perdicion i ruina. Críenlas con vestidos decentes i no brillantes, reprendan sus ambiciones i sus locas exigencias i procuren fomentar en su corazon toda clase de nobles sentimientos.

Así podrán tener hijas que sean el orgullo i dignidad de la familia, i que lleguen a ser el mas dulce apoyo de su ancianidad. Todos tendrán simpatias, afectos para ellas, i ellas tendrán para todos sanas intenciones en el corazon i palabras de consuelo en los labios.

II.

Pero vamos a la hija ya mujer que entra a hacer parte de la sociedad, a llenar su mision, a ser uno de los ornatos de la familia ; vamos a la flor ya abierta en el jardin de la vida.

Como por felicidad no son comunes entre nosotros las niñas que ántes de estar formadas ya se llenan de esas pretensiones que dejamos combatidas, la mayor parte aparecen en sociedad viciadas en sentido contrario. La mamá va a la costilla, porque se figu-

ra que al sacar su hija a sociedad, la suelta entre una manada de lobos rapaces i que es preciso estar siempre en acecho para librar de su voracidad a la inocente oveja.

La civilizacion, la decencia se pronuncian enérgicamente contra esa vijilancia insultante ¡A qué ese espionaje? no ha sabido educar a la hija? Pues entónces no hai que sacarla a sociedad. ¿Cree que los hombres son unos malvados, unos bárbaros que se atrevan a insultar i ultrajar a una señorita aun en público? Pues entónces edúquese la mamá para que aprenda a conocer la sociedad i el hombre.

Pero la niña se presenta en estrado toda tímida i encojida, con la imajinacion en tinieblas i unas cuantas palpitacioncitas de miedo en el corazon. Todavía no tiene placeres ni penas, no ha atesorado recuerdos, i recientemente va a alimentar esperanzas al son de un concierto embriagador, de un fascinador bullicio que empieza a despertar su intelijencia i a formarle ideas, pero vagas, confusas, atropelladas, como ese bullicio que las enjendra.

Sin embargo, ya sabe que los hombres *enamoran*, que les dicen a las mujeres, *bonitas, elegantes*, que ya las *quieren*, i miles otras simplezas que hoi forman la cartilla social de los mozos. La mamá la advierte, regularmente con miradas i tosidós, que de-

be mantenerse alerta. Se llega un hombre. La niña se pone colorada hasta las cejas, baja sus ojos, se estruja el vestido, se mueve en su silla, está en brasas. Esa misma circunstancia, que es su primer deseo, es la que mas la mortifica : quisiera sustraerse a toda costa a la presencia de ese hombre, i quisiera que ese hombre no se moviera de su lado. Piensa en que no tiene ni palabras con que hacer frente al *enemigo*, i que sin embargo es necesario el *combate*. ¡Si ella supiese que el hombre se encuentra muchas veces en el mismo aprieto ; que él como ella no ha aprendido otra cosa en su vida que a apretarse la corbata i acomodarse los cuellos! . . . Suéltanse por fin en conversacion, i si el hombre es del surtido, es decir, de estos últimos, es la escena mas curiosa ciertamente que se pueda observar, atender a su conversacion i seguirlos en su desenvolvimiento.

Nosotros hemos tenido ocasion mas de una vez de ser espectadores de estas escenas, i las hemos encontrado soberbias. Recordamos de una en que los dos conversantes se quedaron mirando recíprocamente sin hallar una sola palabra que dirigirse. La niña se azoró de tal modo, que temiamos fuera a soltar el llanto. El mozo no hacia mas que preguntarle que cómo la iba. Luego comenzaron a restregar-

se en el asiento ; hasta que el mozo, al cabo del sexo de los valientes, se enderezó hácia ella i con ánimo resuelto la dijo—Yo no me muevo de aquí en esta noche, porque desde que la he visto, me he quedado no sé cómo : i usted, cómo se ha quedado? —Sentada, le contestó ella con despecho. El mozo que no entendia de chicas, la empezó a instruir de cómo él era tan fácil para impresionarse por las niñas tan buenas mozas como ella, i que era una lástima que ella no fuese lo mismo para que se impresionasen juntos, i que dentro de poco iba a tener hacienda, i que lo acompañase a bailar unas cuadrillas. La niña dijo que no queria bailar porque no podia hacer el *ánimo*. El currutaco juzgó entónces prudente i de buen tono abandonar su pretension, i se fué con la música a otra parte.

¿Pueden tener derecho mozos de tan bella educacion como ese de quejarse de las impertinencias de una niña? Ciertamente que no ; i aun nosotros juzgamos que todos los malos jestos i caras descompuestas que se les ponga, son todavia indulgencia.

Pero no todos son así. Un jóven educado i de instruccion se llega a esa niña, i entónces principian los conflictos. El jóven se admira al ver la lastimosa educacion i la ninguna instruccion con que

presentan a esa niña en sociedad. De nada de lo que le conversa entiende ; sonrojándose por todo llega a enfadar su necia timidez. Ni desenvolvimiento en sus acciones, ni espresion en su lenguaje, ni pensamientos en su discurso. Palabras i monosílabos que nada significan, i miradas interrumpidas de curiosidad i turbacion.

La madre dice :—Déjenla que salga a sociedad : en ella se irá educando i se instruirá.—Pero, buenas madres, a la sociedad no se va a aprender a hablar, no se va con los ojos vendados a estrellarse en los escollos que es preciso conocer de antemano para saberlos prevenir ; a la sociedad no se va con la intelijencia hueca i sin ideas i en la mas absoluta ignorancia de lo que es el mundo ; allí no se entra sabiendo solamente escribir i coser, porque allí no va a hacer planas la niña ni a remendar polleras : necesita tener siquiera algunas ideas de lo que es el mundo, algunos conocimientos indispensables para saberse mantener con dignidad i lucimiento, alguna lectura que la haya facilitado el lenguaje, algo en fin que descuidais inconsideradamente sin pararos a pensar en el perjuicio que ocasionais a vuestras hijas.

¿Creeis que la niña corre ménos riesgos entrando en sociedad en un estado de absoluta ignoran-

cia, que educada e instruida convenientemente? Eso es un absurdo inmenso. Reflexionad un momento i os convencereis de él. En el primer caso mandais a vuestras hijas que se estrellen en el peligro para que lo comprendan i lo eviten: i en el segundo, conocido este ya, se le puede burlar fácilmente. ¿Comprendeis la diferencia? Entre ambos casos hai la distancia de la práctica a la teoría; i aunque en las demas ciencias del mundo la práctica es preferible a la teoría, no sucede en esta lo mismo porque aquí la práctica enferma el corazon. ¿Cómo pretendéis que se mantengan a distancia del peligro, cuando para conocerlo tienen que marchar al borde del precipicio? ¿Cómo quereis que una mujer jóven i sensible pueda hacer frente a la multitud de halagos que por todas partes la rodearán, a las mentidas promesas con que pretenderán ganar su corazon, a las seductoras frases que mienten placeres i esperanzas, cuando ignora que en la miel de esos halagos se oculta casi siempre el veneno, que no pueden ser sinceras todas esas promesas, i que esos placeres i esas esperanzas mentidas siempre son precursores de penas i desengaños? ¿Cómo arrojaís del nido al ave inocente, si aun no tiene alas para poder alzar el vuelo?

III.

Luego viene a preocupar a la niña el deseo que las mortifica a todas cuando ya se ven mujeres, cuando engañadas por los encantos de la sociedad, solo piensan en eternizar la estacion más feliz de su vida: la niña quiere casarse. Facilillo negocio les parece este a todas en los primeros albores de la juventud i la inocencia: creen sinceras las expresiones de aquellos que salieron a su encuentro para conquistar sus favores, i piensan que basta una sola palabra de sus labios para ver realizada su esperanza. Se vuelven todas ilusiones i preciosos *castillos en el aire* las mantienen envueltas en una nube de indefinibles placeres intelectuales. Están tan distantes las desgracias de su corazon, segun su pensamiento, como las brumas del mar de la suave luz de la luna.

Si se pudiese perpetuar esa estacion de los primeros años de la primavera de una jóven, en que nunca ve salir i morir el sol sin tener un nuevo goce íntimo en que anegar a su alma, un bello i dulce pensamiento de amor que conversar con su

espejo ; si se pudiesen hacer eternos esos dias, esas horas de inocente credulidad, de dulce confianza, ciertamente que no mereceria la pena de morirse la ambicion de ir a encontrar un cielo, porque este se hallaria reproducido en la tierra.

La mala educacion dada a una niña, su ningun conocimiento de la sociedad a la que tan risueñamente se abandona, mas que la perversidad de los que la mienten esperanzas, son las causas de las primeras penas de su vida, de sus primeros desengaños, de sus primeros dolores que bajan preñados de recuerdos a hacer llorar el corazon. Sí, porque esas felices horas de esperanza pasan ; ese brillante sol de sus amores muere, para dar lugar a las tinieblas de una noche fria ; esos alegres pensamientos de una felicidad cercana, se tornan punzantes i melancólicos ; esos placeres, esas ilusiones, esas creencias, esos delirios, se convierten en otros tantos agujijones que desgarran el alma de la jóven.

I las madres tienen la culpa de estas primeras amarguras de la hija, que pesan mas sobre el resto de su existencia de lo que uno puede figurarse. Muchas veces importan la pérdida de un brillante porvenir, porque el mundo lo que ménos tiene es ser filósofo i siempre juzga mal de una mujer que tuvo amores por mui inocentes i puros que hayan

sido. Inclinado siempre el hombre a pensar lo peor posible de sus semejantes, acriminará los amores desgraciados de una mujer i amargará sus desengaños. Todos han aprendido de memoria aquellos versos de un antiguo poeta español:

La mujer que tuvo amores
No sirve para casada,
Que de la vida pasada
Le quedan los borradores.

Este pensamiento es el primero que salta en su mente cuando se ven en la necesidad de buscar una compañera que identifique a su existencia.

Si la jóven supiese las amargas consecuencias que la habían de traer sus pasiones siempre que públicamente hiciese manifestacion de ellas, particularizándose con alguno en sus favores i desdénando a otros ¿no procuraría a toda costa guardar su sentimiento o comunicarlo en estricta reserva i manifestar a todos igual grado de atencion? Ciertamente que sí; i de lo contrario seria preciso suponer que la pasion que dominara a la jóven fuera voraz e irresistible i capaz de sofocar todos sus sentimientos de honor i conveniencia; i el tiempo de las Julietas i Eloisas ya ha pasado.

Las primeras lágrimas que arranca el desengaño al corazón de una mujer, es el primer riego del dolor en un terreno pronto a fructificar; pero sus frutos serán ágricos i cuajados de espinas, que irán absorbiéndose la savia del espíritu i punzarán siempre en la memoria.

La pérdida de la tranquilidad del alma en los mas hermosos años de la vida, es la mas sensible pérdida que pueda experimentar en el mundo una mujer. La inocencia arrancada con llanto del corazón, las imágenes de la felicidad primera volando desnudas del santuario del alma, las alegres sonrisas heladas en los labios, la amargura de los recuerdos, la incertidumbre del porvenir, todo contribuye a hacer imposible la vuelta de la paz del espíritu, de esa dicha dulce i tranquila que se dibujara en la frente de la jóven como en un cielo puro los tintes rosados de la aurora.

Por desgracia en el mundo entero está siempre espuesta la mujer a ser víctima del hombre, como si su misión al venir al mundo no fuera otra que el sufrimiento. Sin embargo, un buen sistema de educación puede preservarla de muchos males en sociedad, i el conocimiento del corazón humano la pondría fuera de peligro.

IV.

Siendo la mujer el encanto de la vida i siendo para la mujer el hombre su encanto, es naturalmente lójico que ámbos se busquen en el mundo para satisfacer sus pasiones i halagar sus sentimientos ; sentimientos i pasiones que Dios mismo ha puesto en su seno.

De aquí la necesidad de dejarles a su albedrio la eleccion del ser que deben identificar a su existencia i que mas simpatias haya conquistado en su alma.

Pero esta es la dificultad con la cual no transijen jamás los padres. Quieren a toda costa imponer su voluntad a la hija, como si sobre ellos pesasen las consecuencias del porvenir, como si ellos fuesen a participar de la suerte de los descendientes, como si ellos fuesen a soportar el infierno de desgracias consiguiente a un matrimonio infortunado.

Desde que el interes vino a viciar las conciencias i a corromper los instintos del corazon, el matrimonio ha pasado a ser una especulacion como cualquiera otra. La reciprocidad de sentimientos es una *antigualla* de detestable gusto, i hasta no

faltan chistes groseros en las naciones que se dicen mas civilizadas para los *casamientos por amor*. La pobreza es la *primera desgracia*, su vista es odiosa, i nuestras *cristianas* sociedades le dan con la puerta en los hocicos do quier que se presenta. De modo que si el Cristo viniese otra vez al mundo naciendo en un pesebre como ahora 1854 años, no encontraría entre nosotros una niña que se quisiese casar con él.

Pero al ménos, ya que nuestra sociedad se afana tanto por imitar en sus vicios a esos pueblos altivos de la Europa, le diese tambien por imitarlos en sus costumbres ilustradas i sanas, bien podria disimularsele aquellos en vista de su mayor prosperidad.

Mas la instruccion, que es el principal elemento de progreso, está deplorablemente descuidada en nuestra sociedad femenina. Ayer no mas nuestras mujeres apenas sabian leer i escribir, i hoi en dia los padres solo procuran para sus hijas mozos con plata, i no una buena educacion i una instruccion regular. ¿Por qué una niña pobre entre nosotros es tan difícil que se case, i cuando llega a hacerlo es casi siempre mal? Porque le falta ese poderoso atractivo de la instruccion i porque su educacion es mala. De lo contrario seria talvez distinta su suerte i no estaria espuesta a que cualquier mentecato fue-

se a sorprender su inocencia, su necia credulidad i a burlarla.

V.

La mayor parte de nuestras niñas en sociedad son como esos preciosos albums, cuyas tapas son doradas o llenas de gravados riquísimos, i por dentro en blanco. Perdónennos esta comparacion atrevida, pero nos hemos propuesto no sacrificar en nuestro libro a la verdad.

Se llega uno a entablar conversacion con una niña : le habla de esta o aquella noticia importante : la niña no puede responder, porque la niña no lee ni ha leído en su vida : su mamá se lo tiene prohibido i el confesor tambien. La niña sabe las noticias únicamente por *chismografía*, i solo lee el Ejercicio cotidiano i los *métodos nuevos* para ganar el cielo. Pero en cambio sabe como el agua que el jóven fulano tiene plata, i que está visitando a la mengana, i que en tal parte le hacen la rueda : que aquel otro mocito es pobre i le está haciendo el amor a la niña tal, i que pasa todos los días por su casa para verla por la ventana, porque los padres de la niña lo man-

daron a pasear con su amor, i que el otro dia hubieron llantos i desmayos i.

No son así todas, sin embargo, porque no seria posible suponer que fuese jeneral la calamidad ; i ya va notándose que la mujer aspira entre nosotros a ser algo mas que un adorno material en los estrados. Pero las madres, como creadas la mayor parte en la oscuridad de la ignorancia, luchan con esos instintos nobles de sus hijas i las llenan de prohibiciones i amenazas.

Quiere uno ejecutar tal baile con una niña ; va a invitarla i le contesta : No puedo bailar eso—; I por qué no baila eso la niña? Porque su mamá se lo ha prohibido i el confesor tambien.

¿Qué es esto? Por qué siempre el confesor metido en los negocios de las mujeres? Por qué no se deja bailar a la niña? Examinemos esta rara pretension de las madres.

Es inevitable la alternativa. O la niña no tiene un rasguño de educacion ni de virtud, i hai temor que al ejecutar tal baile con un hombre le abandone su felicidad i su honor, o se teme que el hombre al hacer las cabriolas del baile le haga tambien cabriolas a la muchacha, i atropellando todas las leyes de la sociedad i la decencia la ultraje públicamente.—En el primer caso está de manifiesto

el bárbaro absurdo, pues no creemos que exista una criatura de tan depravados sentimientos, que se abandone de una manera tan indigna i torpe al primer jóven que le salga públicamente al encuentro. En el segundo caso, ninguna madre tiene ni puede tener derecho para hacer a ningun jóven un insulto a toda luz injustísimo i gratuito ; pues nadie querría esponerse a ser en el acto arrojado de la reunion con pública ignominia i quedar para siempre manchado con una accion infame i por consiguiente perdido para la sociedad.

Se dirá que cuando están *enamorados* dos jóvenes hai *riesgo* de dejarlos ejecutar ciertos bailes por el contacto en que se ponen. Esta es cuestion distinta ; es asunto particular. Por eso dejamos ya dicho que una niña mal educada i sin conocer absolutamente el mundo en que tiene que vivir i gozar, una vez exaltada por la idea del matrimonio i fascinada por su deseo, se espone a ser ultrajada por el primer mentecato que mintiéndole esperanzas la enamora. Pero no es posible creer que la niña esté queriendo a todo el mundo, ni que todo el mundo esté dispuesto a mentirle matrimonio a la niña.

I despues, si están los muchachos verdaderamente enamorados, no les habia de faltar donde darse sus apretones, que nada significan a no ser come-

zon, i por delicadeza, por educacion, por honor mismo de la sociedad, sabrian darse *asucto* cuando se encontrasen en una tertulia o reunion cualquiera, donde hai por lo regular tantos ojos que observan, tantos oidos que escuchan i tantas bocas dispuestas a ocuparse en perjuicio del prójimo. Mui lince debe ser una madre para que pueda sustraer a su hija enamorada a esos *deslices* del amor, pues nada hai en el mundo que aguse mas el entendimiento que esa pasion, i por mas que se la procure encerrar bajo todas las llaves del mundo, ella siempre se burlará de toda vijilancia i desertará del encierro. Por eso ha dicho con tanta gracia i tan bien Breton de los Herreros.

Si amor les hace cosquillas,
Aquí o allí, creo yo
Que, si con testigos no,
Se abrazarán a hurtadillas.

Por manera que nada tampoco habria adelantado a ese respecto una madre con no dejar ejecutar a su hija estos o aquellos bailes.

De todos modos, esas privaciones son necias i ridículas, i no sirven muchas veces sino para hacer

chispear mas pronto en la mujer el fuego de sus pasiones i despertar talvez culpables deseos.

¿I aquella intervenciou del confesor como *director de la conciencia*? Por qué el confesor prohíbe tambien a la niña que baile? ¿Qué tiene que ver la conciencia con las piernas? Qué tiene que ir a hacer el *director espiritual* en el hogar doméstico?—Esto es mas sério i merece tratarse con detencion i antecedentes.

VI.

La mayor parte de nuestras sotanas tienen la pretension de arreglar la sociedad a su modo, i tal es el vuelo que han tomado, tal la insolencia que les asiste, que en la prensa, en el púlpito, en el confesonario i aun en los estrados, nos apestan con sus fanáticas declamaciones i sus hidrofóbicas amenazas. Favorecidos por la *impunidad* de que se creen revestidos, no tienen embozo en confesar que el mundo les pertenece i que nada debe hacerse sin consultar su voluntad. Llenos de orgullo, ignorantes i pretensiosos, esos sacerdotes que fomentan el ódio i predicán la desunion en la familia humana,

se creen facultados para poner obstáculos a los avances de la civilizacion, i para explotar en su favor las preocupaciones de los pueblos jóvenes que aun no tienen completamente abiertos sus ojos a la luz de la verdad. Delirantes por volver a esos preciosos tiempos de la edad media, como ellos dicen, santifican los horrores i crímenes de la inquisicion, i cuantos excesos han cometido en el mundo las sotanas, diciendo que todo ha sido para *mayor honra i gloria de Dios!*

Los escuchamos predicar, ya en el púlpito o por la prensa, los mas crasos disparates que puedan insultar la poca ilustracion que ya alcanzamos, i muchas veces hasta barbaridades; barbaridades, sí, porque aun no hemos olvidado aquellas célebres pláticas en el templo de la Compañía, en que un sacerdote de Jesucristo decia a grito herido i manoteando en el púlpito.—“Dios mismo, a pesar de “ su omnipotencia, no puede hacer muchas cosas, “ no lo puede.”—I en seguida de estas blasfemias, añadía :—“Un perro, un gato, un palo, una piedra no pecan ¿i por esto se salvarán? no, porque es preciso ademas que hagan el bien, sin cuyo requisito Dios no puede salvarlos, no lo puede, etc.”

I estos *Isaias estafalarios*, como atinadamente por ese entónces los llamó un escritor, son los que

tienen la pretension de predicar las verdades evangélicas, de ilustrar la sociedad i dominar las conciencias!

Una vez dominando las conciencias, les es en extremo fácil pasar a ser los *señores* del hogar e imponer su voluntad para cuanto se hace o se piensa. Déspotas intolerantes, tienen siempre el infierno en las manos para echarlo encima de los *rebeldes*, i el cielo para coronar la estúpida sumision del que ciegame se les somete.

Llaman a los progresos de la civilizacion avances de la impiedad, i dicen que el teatro, los bailes i toda clase de diversiones, son focos de corrupcion, actos inmorales que deben proscribirse eternamente de los pueblos católicos, porque pervierten las costumbres i arrebatan la salvacion eterna.

Ignorantes de su religion i de las ciencias, podridas sus cabezas con cuatro preceptos de Aristóteles, i algunos pergaminos empolvados por los años, se juzgan competentes para condenar toda clase de obras como contengan una sola espresion en contra de sus insolentes pretensiones. Ellos son los únicos sabios, los únicos cristianos, los únicos virtuosos, los únicos que tienen asegurado el cielo, los únicos bienaventurados ¡Inmaculados corderos!

En nuestra sociedad impera jeneralmente el fa-

natismo religioso i las sotanas ejercen sobre ella una autoridad que causa pena. Todo hombre disfrazado con el hábito de la iglesia, es infalible : siempre habla Dios por ellos : sus obras son santidades i en todas partes se hallan regalados los benditos. Aunque hagan de los sacramentos un comercio escandaloso i procuren llenar la bolsa a costa del sudor del pobre, es todo para *el mejor servicio de Dios i salvacion de las almas*. Se entregan sus dirigidos a sus consejos como a las decisiones del Todo-poderoso, i miéntras se están con la boca abierta esperando el *santo advenimiento*, los *anjelitos*, que no se descuidan, explotan a su favor cuanto encuentran conveniente.

¿I qué es lo que principalmente les dá este raro poder sobre la sociedad? El *confesonario*, ese trono absoluto de donde procuran asesinar la libertad de los pueblos i destruir la felicidad de las familias. El confesonario, que debia servir para predicar el amor a Dios i a sus semejantes, i que la mayor parte de ellos convierten en instrumento de sus malas pasiones.

Nada les importa a ellos la felicidad o la desgracia del pueblo que los vió nacer, porque no tienen mas patria que Roma, ni reconocen mas autoridad *lejítima* que el *Obispo* de ese pueblo, su Soberano i se-

ñor. De Roma reciben sus inspiraciones i sus leyes, de esa Roma, ciudad de los Apóstoles, cuna un dia de la civilizacion de Occidente, i convertida con el tiempo, por las costumbres i prácticas de los *papas* i de las *sotanas*, en foco de impiedad. De allá les llega el catecismo de las verdades de Cristo *reformado*; i tan reformado, que ya en nuestros dias significa todo lo contrario de lo que Jesucristo enseñó cuando vino a redimir el mundo. Esta es una evidente verdad; o véase sino —

Jesucristo ha dicho :—

“Mi reino no es de este mundo.”

I el soberano que con el nombre de Papa tiene su asiento en Roma, ha aspirado a la dominacion del mundo entero i lucha en su ambicion por obtenerla.

Cristo ha bendecido.

Los papas excomulgan i maldicen.

El Redentor ha predicado la caridad como la primera virtud.

Los papas han fomentado i fomentan en todos los pueblös donde alcanza su *subterráneo poder*, la guerra civil i la discordia.

El Redentor ha hecho una virtud de la humildad i la pobreza.

Los papas negocian, viven en la opulencia i son altaneros i orgullosos.

El Redentor ha ordenado socorrer al indijente, aliviar el infortunio de los pobres.

Los papas han sido siempre espoliadores, han tratado de acumular tesoros para ensanchar su poder temporal i han elevado i enriquecido tan solo a sus *sobrinos*.

El Redentor ha querido que no se despoje a nadie de lo que es suyo, que se dé al César lo que es del César.

Los papas han querido ser los soberanos del mundo entero usurpando i destruyendo.

Cristo no negó jamas el perdon ni sus auxilios.

Los papas han sacado la relijion al mercado, hecho tarifas para los sacramentos i vendido induljencias.

El Redentor fabricó su iglesia cimentada en las sublimes verdades del Evangelio.

Los papas han levantado su trono sobre el altar de Jesucristo, i han convertido a su iglesia en antesala de cortesanos.

Cristo ha ordenado a sus representantes en la tierra la castidad evanjélica.

Los papas se han anegado en la voluptuosidad i han precipitado su corte en brazos de prostitutas.

El Redentor hizo sepultar bajo los escombros de las ruinas paganas las armas fraticidas.

Los papas han desnudado sus aceros i ensangrentado la Iglesia.

El Redentor ordenó a sus discípulos presentar la otra mejilla cuando en una hubiesen sido heridos.

Los papas se han armado de una terrible venganza siempre que se ha querido poner valla a sus ambiciones locas i ridículas pretensiones, i han predicado la desolacion i el estermínio.

El Redentor llevaba siempre en su glorioso peregrinaje la esperanza i la salud.

Los papas han llevado a todas partes la desesperacion i la gangrena.

Jesucristo les ha enseñado cuánta grandeza no encierra su relijion, diciendo en su oracion divina—
“Padre nuestro, que estás en los cielos.”

Los papas han dicho, parodiándola por lo bajo—
“Padre nuestro, que estas en la tierra, ven a mis alforjas.”

I el coro de *cuervos* que se han creado i que tienen repartidos por todo el universo, repite la *oracion* golpeándose el pecho, i luego dice en voz alta para que alcance a oidos del transeunte que fascinado se ha detenido a presenciar la pantomima—*Para mayor honra i gloria de Dios!*—I se estiende el engaño.

Esto no se llama ser representantes de Cristo

sobre la tierra; esas no son sus magníficas verdades; no son esos sus preceptos, no es así como El ha querido atraerse el mundo a su reino inmortal i preparar la felicidad de todos sus hijos. Dios, misericordioso i bueno, no ha ordenado jamás ese tráfico infame i sacrílego que haceis de sus mas santas verdades, explotando en favor de vuestros apetitos mundanos hasta su nombre sagrado. El no ha instituido *papas* para que llenen al mundo de corrupcion i escándalo; pues basta acercarse a las puertas del Vaticano, para percibir el murmullo de las mundanas intrigas i el eco de los desordenados proyectos de ambicion i guerra.

Saben cubrirse, sin embargo, esos falsos sacerdotes, con el ropaje de una aparente humildad que el mundo conoce con el nombre de *hipocresia*, i van suavemente esparciendo sus influencias, sorprendiendo la ignorancia de los pueblos i ganándose la voluntad de las familias haciéndose adoptar como *directores espirituales*; i una vez asegurados abren sus alas i—*No hai mas voluntad que la mia; soi Dios en la tierra, i esto quiero i esto he de obtener.*—

Fácil es ahora concebir que la familia que dé entrada en su seno a uno de esos *directores espirituales*, ya tendrá en sí el mas poderoso inconveniente para poder proporcionar a sus hijos una buena edu-

cacion i una instruccion sólida i provechosa. Para las mujeres es para las que mas pesa este inconveniente. Las llenan de absurdos i de ideas tan extravagantes, que muchas veces arrancan una lastimosa sonrisa sus inocentes credulidades. Muchas niñas pierden un porvenir brillante i en compatibilidad con su jenio e inclinaciones, por guiarse de sus perjudiciales consejos; i se marchan, cediendo a una fascinacion del momento, a encerrar eternamente su vida en los sombríos cláustros de un monasterio, donde talvez tienen que llorar un tardío arrepentimiento—Una alma arrancada a Satanás, dicen. Ah! mentira! Una alma talvez arrancada al cielo de la felicidad i arrojada a un infierno de desesperacion i de amargura!

Esa reprobada reclusion perpétua de la niña, es lo primero que procura imponerla el director de conciencia, i a favor de la cual hace que tambien la madre interponga su autoridad. Las primeras e inocentes flores que hace brotar el amor en el corazon de la mujer, son tambien arrancadas con violencia por el austero Director, soplando con fuerza en su débil espíritu hasta dejarlo limpio, como él dice, de todo sentimiento *mundano*. Pone todo su conato en mantenerla en la ignorancia apagando las luces de

su inteligencia, debilitando su razon i amedrentándola.

Pondremos aquí un *fac simile* de una de esas originales confesiones, no con intencion de profanar el sacramento que pretende envolver la *confesion*, sino para que se vea hasta qué punto lleva sus pretensiones el *señor absoluto*.

Despues de los antecedentes de costumbre, se establece el siguiente diálogo entre el director espiritual i la niña.

El conf.—Lee U. o ha leído novelas?

La niña.—Sí, señor.

El conf.—I qué novelas han sido esas?

Ha leído U. a Eujenio Sue, a Dumas, o a autores de esa clase?

La niña.—Sí, señor.

El conf.—I cómo no le ha prohibido a U. su madre que lea semejantes autores? Ese es un pecado inmenso, horroroso. Las obras de esos hombres no sirven sino para condenar las almas. Todas ellas tienen oculto entre sus pájinas al demonio que se les introduce mui suavemente a las mujeres. No hai una que no destile veneno ; pero un veneno infernal, que mata halagando. ¡Ai ! infeliz de la mujer que goce con semejantes lecturas! que sea capaz de conmovverse con los pensamientos de los impios!

Esas obras del demonio están llenas de corrupcion i de impiedades : en ellas se predica el ódio a los sacerdotes, a los representantes de Jesucristo sobre la tierra, a nosotros, cuya mision es conquistar almas para el cielo arrancándolas de los brazos de Sata-nas. Escritores herejes i disolutos, no se proponen otro objeto en sus obras que corromper el corazon de la juventud con sus lúbricos amores i sus blas-femias. Arrepiéntase U. de haber tenido siquiera entre sus manos semejantes obras : arrepiéntase U., i haga un firme propósito de no volverlas a leer en su vida, i de quemar ahora mismo, en cuanto llegue U, a su casa, las que aun conserve en su poder ; sin cuyo requisito no le valdrá a U. nada la absolucion i vivirá U. condenada. Toda novela es mala, toda novela es prohibida ; i desde luego le ordeno yo, como que en este momento soi el mismo Dios, que no vuelva en su vida a leer novela alguna ni libro de ninguna clase, sin consultármelo pré-viamente.

La niña.—Así lo haré, señor; ya no volveré a leer jamás.

El conf.—Hum ; está bien. I le gusta a U. el teatro? va U. al teatro alguna vez?

La niña.—Sí, señor ; si me gusta mucho i voi siempre que puedo.

El conf.—Ese es otro pecado que ofende gravemente a Dios. El teatro es la corrupcion de los nuebllos : la escuela de la sensualidad i la impiedad. Le prohibo que vuelva U. a asistir al teatro.

La niña.—Pero si me lo ordenan mis padres, señor. Yo tengo forzosamente que acompañarlos por que ellos tambien van.

El conf.—Sus padres? I cuál vale mas, Dios o sus padres? Con que U. por obedecer a sus padres desobedece a Dios? Con qué primero está la familia que la salvacion eterna? Si sus padres la ordenan que cometa U. ese pecado, dígame U. a sus padres que no se halla dispuesta a pecar ; i que nada valen sus preceptos ni es posible obedecerlos, cuando están en oposicion con los preceptos de Dios i de su santa iglesia. Si ellos la amenazan, sufra U. sus amenazas ; si la pegan sufra U. sus golpes, que mas padeció Cristo en la cruz.—El teatro va poco a poco pervirtiendo el corazon de los jóvenes hasta el extremo de encender en él las mas reprobadas pasiones i de precipitarlos constantemente al vicio i aun al crimen. Esos hombres i esas mujeres que se abrazan públicamente en la escena i escandalosamente se enamoran, despiertan en la joven deseos que atiza el demonio. El teatro, pues, es altamente inmoral i por consiguiente debe evi-

tarse. No vuelva U. mas a él so pena de pecar mortalmente.

La niña.—Bueno, señor, ya no iré mas al teatro.

El conf.—I frecuenta U. muchas tertulias? Le gustan a U. las diversiones donde se bailotea?

La niña.—Sí, señor, me gustan mucho i voi toda vez que me llevan.

El conf.—Hum.....hum.....I baila U.?

La niña.—Sí, señor.

El conf.—I qué baila U.? ¿eso que se llama polka, vals.....

La niña.—Sí, señor, todo eso bailo yo.

El conf.—I su madre, no le dice a U. nada? la deja asi no mas que baile eso?

La niña.—Algunas veces resonga i me suele dar sus pellizcos; pero a mí como me gusta tanto me hago desentendida.

El conf.—I en esos bailes, no le han dado a U. apretones de manos ni de piernas, ni la han estrechado a U. maliciosamente?

La niña.—Si esos bailes no se ejecutan a apretones, señor; jámas me ha apretado nadie, ni para qué me apretaban.

El conf.—¿Para qué, he?..... Hum. está bueno. Le prohibo a U. que vuelva en su vida a ejecutar esos bailes; son inmorales i escandalosos.

Esas invenciones no pueden ser de otro que del demonio ; son un poderoso incentivo a las malas pasiones, i bien puede causar uno solo de esos bailoteos la condenacion de una alma. Si U. vuelve a reincidir en ese pecado, que es mortal i gravísimo, nadie podrá absolverla a U., i si la absuelven, declaro desde ahora nula esa absolucion.

La niña.—I contradanza i cuadrillas, señor, podrá bailar?

El conf.—Todo baile es malo ; pero en caso que la obliguen a U. puede bailar esos otros bailes, pero de lejitos, cosa que no se alcance a tocar con el compañero.

La niña.—Bueno, señor, así lo haré.

Así es poco mas o ménos como el *director de conciencia* aconseja a la niña i como la prepara para hacer frente al mundo, este primer enemigo de la criatura humana, como nos lo dice el *catecismo* de la iglesia, i con el cual es necesario sin embargo transijir como con el alimento que nos da la vida.

Viciada de ese modo una mujer, lleva en el mundo perdidas las tres cuartas partes de su felicidad ; pero en cambio tiene ganadas otras tantas partes de desgracia ; i segun el confesor, es el martirio el que mas acerca una criatura al cielo, como

si Dios se complaciese i se gozase en el sacrificio humano!

Qué seria de la sociedad i del mundo si se dejase gobernar por las inspiraciones de esos *jesuitas*, que quieren a toda costa elevar los monumentos de su poder sobre las ruinas de los pueblos? Qué seria de la fraternidad, qué de la libertad, si la cartilla de esos ambiciosos fuese la política que rijiese a las naciones? En dónde podríamos encontrar la inocencia, la virtud, la felicidad, si esos hipócritas disfrazados con el nombre i la túnica de Jesus, se introdujesen en los hogares i se ganasen el corazon i la conciencia de la familia humana?

Sus huellas en los pueblos las marcan regueros de sangre: sus huellas en la familia desolacion i desconsuelo.

Toda sotana, pues, que acate el *jesuitismo*, que siga sus preceptos o los santifique, es sériamente perjudicial en sus consejos i por consiguiente peligrosa para la instruccion i educacion. Por desgracia casi todos nuestros Basilos tienen una tendencia marcada al *jesuitismo*, i de aquí el poderoso inconveniente para que puedan encargarse de la direccion de la conciencia de nadie.

Pero los padres de familia, sin pesar un momento las funestas consecuencias, les abandonan sus hijos

para obtener despues, en vez de los preciosos frutos que se prometian, bien tristes desengaños! Creen que los calumnian, sin atender a la voz de la historia que universalmente los condena con la elocuencia de los hechos.

De la mujer, como mas débil i crédula, hacen mas pronto su juguete, i si no la tornan intolerante i fanática, si no hacen de ella una penitente austera, anegada en el ascetismo i melancolía, la convierten en otra Hermosa Cadière.

Esas niñas, pues, que tienen semejantes directores espirituales, son las mas mal educadas e instruidas de nuestra sociedad. Se creen mui a cubierto de las seducciones de los hombres, i son regularmente las primeras en dar el ejemplo de las malas costumbres : aunque mas no fuese que esa especie de carácter que se forma en ellas de chismografía, de envidia i de algo mas que callamos, seria suficiente para caracterizarlas con toda la severidad de las leyes sociales.

VII.

Sin embargo, nos complacemos en encontrar en la masa de esos hombres de sotana, algunos verdaderos sacerdotes segun el Evanjelio ; hombres de

paz i mansedumbre, de esperanza i de consueño, que predicán las verdades de Cristo con la dulzura i persuasión propias de sus representantes; que dan consejos sanos i exaltan las virtudes en el seno de las familias, sin hipocresía, sin fanatismo i sin tener otro interés que la felicidad de sus semejantes. Estos, que predicán la caridad, el amor al prójimo, el olvido de las injurias, la tolerancia; estos, que alivian el infortunio, que muestran al arrepentido un cielo sin atterrarlo con los eternos suplicios del infierno; estos sí deben llamarse, sí son los verdaderos representantes del Redentor de los sufrimientos humanos.

I se nos viene a la memoria un hecho que presenciámos en la Catedral de Santiago i que vamos a referir aquí como el mayor elogio que pudieramos hacer a un sacerdote según Jesucristo, únicos que deben i que pueden ilustrar las conciencias.

Se acerca una actriz a un confesonario buscando la paz de su espíritu: el sacerdote que la recibe es un hombre de madura edad, de aspecto ágrío, jesuítico i endemoniado. La interroga sobre su *posición social* i la otra le responde que es cómica. El confesor la dice si ya ha hecho firme propósito de dejar las tablas; la actriz le contesta que no podría jamás hacer ese propósito; que es su arte, que de

él vive, i que el dia que lo dejara no tendria como ganar la subsistencia. El confesor se irrita; la dice que está condenada, que no puede confesarla ni absolverla; que por la silla de Roma están excomulgados todos los cómicos, i que se retire a meditar su situacion.

La mujer se levanta llorando del confesonario i se retira en amargo desconsuelo.—Otro sacerdote confesaba al frente i presenciaba esta escena. Adivinando lo que pasaba, pues sabia que la penitente era cómica, i al verla salir llorando de la iglesia, manda inmediatamente una persona en su busca. La actriz vuelve, se acerca al buen sacerdote i le refiere lo que la ha pasado. Este la dice que ha habido una equivocacion; que es falso que estén excomulgados los cómicos, i que nadie puede negar la absolucion a un pecador verdaderamente arrepentido. Que la relijion de Jesucristo es de mansedumbre i de perdon, i que ningun sacerdote puede negarse a oir las culpas de un católico i perdonarlas en el nombre de Dios, cuyos representantes son en la tierra.

La actriz se confesó i recibió la absolucion de este buen sacerdote, de este discípulo del Evangelio que tenia en sus labios consuelo i esperanza. La cómica pudo entónces retirarse sin afliccion en el co-

razon, sin desesperacion en la mente, i arrepentida de haber ofendido a un Dios tan bondadoso que está siempre dispuesto a perdonar las culpas de sus criaturas.

Este solo hecho es mas meritorio a un sacerdote, que todos los milagros de Ignacio de Loyola i de Francisco Javier.

Que sacerdotes como estos se encarguen de dirijir la conciencia de una familia, de ilustrar sobre su religion a sus miembros, no lo reprobamos, porque estos enseñarán la verdad i llevarán siempre al hogar doméstico la paz i la ventura.

Pero desgraciadamente estos sacerdotes son escasísimos i no son tampoco del gusto de las madres. Estas quieren que tiranicen en el confesonario a sus hijas, que las intimiden i las llenen de privaciones, porque de este modo las creen mas a salvo de las seducciones del mundo. ¡Triste equivocacion que pronto viene a evidenciar el tiempo!

VIII.

La niña que aleccionada por un torpe sacerdote se presenta en sociedad, estará a cada momento

cometiendo necedades que la pondrán en ridículo a los ojos de un jóven ilustrado i sensato. Eso de privarse de ejecutar tales bailes por no *pecar*, esa disposicion de la niña para el *pecado* confesada por ella misma en el hecho de escusarse, es una de las mas curiosas orijinalidades de nuestra sociedad. Otra : le va uno a dar la mano a una niña—Cómo! la mano? Qué no sabe U. que es hombre?—Así presumo, señorita ; al ménos tengo todas las apariencias : pero ¿por qué no me da U. la mano?—Qué no sabe U. que soi soltera?—¿Pero qué temor hai en que una niña soltera le dé la mano a un hombre?—Es que se puede abusar i no es costumbre..... No digo! si creen que los hombres son antropófagos.

Felizmente esta costumbre ya va desapareciendo.

La comezon de casarse suele tambien arrastrar a una niña a cometer imprudencias que mas tarde vienen a formarle un pesar. No se dan a la reflexion, no meditan nunca en el mañana sino es sobre el presupuesto de sus futuros placeres : dispuestas a admitir todos los halagos, todas las mentiras con que quieran envanecerlas, estan desliziéndose a cada paso i fluctuando entre incertidumbres i desengaños. Las muchachas bonitas son las que mas fácilmente se dejan engañar, porque son las mas hinchadas de

amor propio. Creen que todo se lo merecen i que cualquiera se halla en disposicion de sentir amor por ellas. Cuidan poco o nada de su educacion e instruccion, i piensan que los hermosos ojos, el cuerpesito i los dengues han de sacarlas necesariamente del *apuro*. I no saben que muchas veces con sus ojos tamaños i sus desabridas presunciones, no consiguen otra cosa que quedarse mirando, cuando no tienen que lamentar tristes burlas.

Toda niña que le gusta que le hagan la corte elojiándola, dá triste idea de los alcances de su inteligencia; la que sabe repeler con dignidad esos elojios, se encumbra en la consideracion del hombre de talento. Pero hasta ahora no han conocido esta ventaja nuestras niñas, hechas a ser importunadas por esos estudiantes de sùmulas, mocitos de cabeza hueca, que han invadido en estos últimos tiempos la sociedad como las langostas el campo. Estos, i tambien los de barbas, cuando no principian la conversacion sobre las mudanzas del tiempo, la entablan con ridículos elojios a la víctima; i de buenas a primeras espetan una estupenda declaracion amorosa, una fulminante pasion, procurando envolver a la niña entre las desechas lavas, llamas fosfóricas i torrentes de ceniza que vomita sin cesar el espantoso volcan que los abraza.

¿Qué mujer de buena educacion puede tolerar esta clase de mozos con corazon inflado a fuelle i con cerebro de calabaza? Pero hai muchas que los toleran, i no solo los toleran sino que les gustan, i no solo les gustan sino que les hacen tambien requiebros. Lo que quiere la mujer es ser siempre preferida en la sociedad en que se encuentra, ser públicamente agasajada, llamar la atencion por sus admiradores i enseñorearse aunque sea por medio de esos necios que buenamente podrian servir para repartir *mistura* a las señoras. Niñas de ese temple bien van con estos muñecos; i mozos de esta calaña no necesitan mujer educada ni mucho ménos instruida. Están en su cuerda.

Pero es preciso abandonar ese terreno, es preciso que la mujer se ponga a la altura en que debe encontrarse i sea un ornato verdadero de una sociedad culta. Es el hombre quien tiene la culpa de la mayor parte de los defectos de la mujer; él es en sociedad su maestro, i miéntras el sea quién ilustre su pensamiento i su corazon, ningun derecho tiene a quejarse de sus acciones. Acéptela, pues, como la ha formado o sufra sus consecuencias. No chiste ningun necio, porque se echa el reto encima. Pero los que no estan incluidos en este número, deben poner todos sus esfuerzos por ilustrar la mente de las mujeres,

hacerlas comprender su mision i que satisfagan en un todo las exigencias de la época.

No hai una regla social que no tenga cien excepciones, i nadie debe a toda confianza fiarse de ellas ; porque miéntras sean distintos los caractéres de las personas que forman la sociedad, distintos deben ser los pareceres i los gustos. De aquí la necesidad de ilustrarse para entrar en ella.

IX.

I vamos aquí a combatir con crudeza una de las injusticias mas torpes que entre nosotros observamos, una de esas necedades que no pueden merecer jamás disculpa en una sociedad que quiere presumir de civilizada ; una costumbre en alto grado ridícula que particularmente impera en la sociedad femenina i que llena de desconsuelo. Esa envidia que se tiene a una niña ilustrada en las ciencias i en todos los ramos del saber que hasta ahora solo ha cultivado el hombre ; esa guerra sorda i jesuítica que se hace a una mujer por la mayor parte de la sociedad, porque no emplea para espresar sus pensamientos un lenguaje vulgar, fastidioso i lleno de sandeces, i no

se encuentra jamás desorientada en sus conversaciones. Porque son ilustradas, porque tienen talento, las llaman fátuas i pedantes. No son ellas fátuas ni pedantes ; vosotras sí, sois necias i envidiosas.

Si una mujer dá a la prensa sus producciones, luego es atacada en los estrados con acritud, llamándosela vana i que procura atraer la atencion para no conseguir otra cosa que ponerse en ridículo. Esto cuando la conceden que sea suyo lo que publica ; que regularmente dicen que es plajiado, o que debe ser de fulano que le está haciendo el amor i la quiere hacer pasar por de talento. Este es el defecto mas triste de nuestra sociedad ; i es casi jeneral ; porque si algunos elojios se deslizan para esa mujer, son envueltos en *pullas* que vienen a punzar mas que las críticas.—Es cierto, dicen, la produccion es buena ; pero las mujeres no deben mezclarse en eso ; es ponerse en espectacion i *en cierto modo* en ridículo.—Cierto, es buena la produccion, pero la pobrecita se vá a desacreditar.—¡A desacreditar! . . . ¡Pobres jentes! sois vosotras las que os desacreditais por vuestra ignorancia i vuestra envidia ; vosotras sois las que os poneis en ridículo con vuestras manifestaciones *compasivas*, porque se os trasparenta el móvil mezquino que os impulsa. No se desacredita esa niña ante el mundo intelijente, sino que gana una re-

putacion que puede importarla todo un porvenir brillante! i si este en su peregrinacion no lo consigue, la posteridad la acatará en la historia. Pero vosotras hallais impropio que una mujer instruida i de talento quiera servir a su patria o a la sociedad donde se encuentre dando publicidad a sus trabajos literarios, i no hallais impropio i ridículo que otra diga en los estrados donde tiene su tertulia, que Napoleón se vió mui apurado en las Termópilas, i que cómo vendrán las cartas por el telégrafo!.....Lastimosa costumbre que ya es preciso que desaparezca para siempre!.

Madama Stael, Mad. Tasty, Mad. Dudevant (Jorje Sand) la Avellaneda, la Carolina Coronado, i tantas mujeres mas que son el orgullo i la gloria de la Europa, si la suerte las hubiese hecho nacer en nuestras playas, no habrian podido ciertamente alzar el vuelo i remontarse a la altura en que se encuentran en el mundo civilizado, porque habrian tenido talvez que ceder a esa maldita preocupacion que impera entre nosotros i que asesina la inteligencia de la mujer; se habrian visto a cada paso contrariadas en sus nobles aspiraciones i habrian dejado morir en su cuna sus mas bellos i atrevidos pensamientos, por no arrostrar los efectos de la chismografía, las miradas envidiosas de

sus compañeras i las críticas insolentes de los necios.

Tal es el apocamiento en que ha vivido la mujer entre nosotros, que se mira como una cosa rara, como un fenómeno curioso el que una mujer sea literata i forme artículos i versos. I no se admiran de tantos mozalvetes que se llevan fastidiando al público con sus indijestas sandeces, de esos poeticidas que en sus versos ramplones andan a porrazos con el amor i que no saben donde tienen las narices.

Faltan en nuestra sociedad femenina mujeres de talento capaces de ilustrar la prensa de su país si se dedicasen a los trabajos literarios? No : pero ninguna se atreve a hacerlo, con algunas honrosas i limitadísimas escepciones, porque tienen temor de ser el blanco de injuriosas críticas, porque creen que todavia no ha llegado el tiempo en que deba la mujer arrojar el manto negro que la oculta, proclamarse tambien *autora* i hacerse pesar en lo que vale. ¿I para cuándo se retarda esa época? Por qué no romper de una vez con las necias preocupaciones? A qué transijir por mas tiempo con la ignorancia i las tradiciones de un pasado vergonzoso?

¿I por qué esa emulacion en las mujeres? No porque tengan malos sentimientos ; no ; mui léjos estamos de hacerles semejante injuria : es por la mala

educacion que han recibido, por el ejemplo, porque la mamá es la primera en formar el ridículo i las hijas van calcándose en su sombra. Por eso clamamos contra el sistema actual de educacion, por eso queremos que se ilustre la mujer.

Soltad, jóvenes, el vuelo a vuestra imaginacion, cultivad vuestro talento, dad a la prensa vuestras producciones, que la civilizacion tiene preparados para vosotras preciosos laureles que no bastará a marchitar el aliento de los necios.

X.

Vamos ahora a la educacion en cláustro i veamos los funestos inconvenientes que presenta a la felicidad de una mujer.

Encerrada una jóven desde sus mas tiernos años en esos monasterios (sí, porque esos establecimientos de monjas no merecen el nombre de colejos sino de monasterios), va acostumbrándose a una soledad que mui pronto enjendra la melancolía, la profunda tristeza, la consuncion. El réjimen estricto a que se la sujeta, los hábitos que la hacen contraer, las prácticas que la hacen observar, van gradualmente

debilitando el espíritu i enfermando el corazon. Esa ausencia de meses en que la mantienen del lado de su familia, va insensiblemente debilitando sus afectos i en muchas concluye por tornarlas indiferentes. En otras ese mismo réjimen solo sirve para desperatar mas pronto sus pasiones i precipitarlas.

En otra ocasion hemos combatido esta torpeza de las madres de hacer educar a sus hijas en conventos i ahora procuraremos traer a colacion algunos de los pensamientos que por ese entónces adujimos.

Ninguna niña debe educarse en cláustro, hemos dicho otra vez, porque si esa niña se educa para la sociedad, debe estar en contacto con ella, i sin participar de su bullicio, estudiar su objeto i sus tendencias.

La niña que pasa en reclusion los primeros años de la niñez, que se forma mujer en el cláustro, sin tener una idea ni remota de lo que es la sociedad, cuyas pasiones se han desarrollado en el silencio i el retiro, corre riesgo al entrar de un repente al torbellino del mundo, de que pueda estraviarse su corazon sorprendido por el lenguaje mentiroso de la sociedad. Fascinada por halagos que no conoce, ávida de gozar de los encantos que el candor de sus tiernos años la hace creer inocentes i durables, se

entrega a ellos i dócil se deja adormecer en esas primeras ilusiones, que vienen a sorprender la vida i a dibujarnos prismas seductores donde miramos reflejarse el porvenir venturoso que soñamos.

Ya dejamos dicho mas adelante que para estos engaños de la existencia, es para los que debe cuidadosamente prevenirse a la mujer. Es la parte mas difícil de su educacion, i por eso debe emplearse un tino i una circunspeccion, que sin herir las tiernas afecciones de su alma, sepan encaminarla por el sendero que marca la virtud.

Encerrada la niña en esos conventos, puede indudablemente aprovechar con rapidez en todos los ramos que se la enseñan, pero en su corazon se va formando un vacío que a medida que avanza a la juventud, va convirtiéndose en deseo i pasa a formarse en seguida su primera esperanza, es decir, su primer engaño en la vida.

El éco lejano que percibe de un mundo que no comprende, se confunde fácilmente en su espíritu con esas ideas de goce que la locura de la juventud alimenta en la intelijencia de la mujer. Vienen en seguida esas predicaciones severas de las preceptoras, en las que se empeñan apasionadamente por presentar ante los ojos de la niña el mundo, que ellas personifican en los hombres, con los colores

mas tristemente funestos que puedan concebir. La niña se impresiona i empieza a hacerse desconfiada i tímida. La preceptora cree que ha conseguido su objeto, pero ¡ai! se engaña. Las predicaciones no han servido sino para despertar mas vivamente los deseos en el corazon de la niña.

La tímida pupila busca la soledad i empieza con delirio a formar sus castillos fabulosos al calor de sus mentidas esperanzas. Ansia la hora de verse rodeada de las pompas de la sociedad i de regalar su oido con las armonías del mundo. Su alma no tiene ni un recuerdo. Hasta entónces en su jardin no brilla mas que una flor : la flor de la inocencia.

Si ella comprendiese cuánto es el mérito de esa flor, se apresuraria a cultivarla sin dejar jamás que el soplo emponzoñado de una pasion fuese a empalidecer sus hojas, a arrebatár el jugo de su cáliz i a marchitarla.

Pero qué idea puede tener de su mérito si desconoce el mundo? Qué sabe ella si existen desasosiegos mundanos ni esa ansiedad amarga que se apodera del corazon de una mujer luego que pierde su inocencia?

Mas se forma mujer i es preciso que pase a hacer parte de la sociedad. Aquí principia la lucha peligrosa, pues que tiene que hacer frente a las seduc-

ciones de un mundo mentiroso. La imaginacion puede resistir, pero el corazon va cediendo poco a poco, i la pasion que dulcemente lo domina, conduce muchas veces a la jóven insensiblemente a la desgracia, de la cual una buena educacion la hubiera preservado.

En otras criaturas la misma educacion austera i jesuítica produce efectos contrarios. Las predicaciones se gravan tanto en el alma, que ésta va cediendo gradualmente a una languidez que hace desaparecer el brillo de la juventud, enferma el espíritu i una mortal consuncion viene en último caso a hacer pagar a la inocente jóven bien cara su credulidad.

No es un solo ejemplo el que se presenta a confirmar lo que asentamos. Entre nosotros hemos visto mas de una vez bajar al sepulcro en la flor de la vida, en los preciosos años de la inocencia, criaturas que una distinta educacion hubiera salvado de la muerte i sido buenas madres de familia i excelentes esposas.

Nada mas peligroso que comprimir el corazon de una mujer que recién empieza a formarse, i encerrarlo, por decirlo así, en un círculo estrecho donde apenas pueda respirar el aire místico de importunas meditaciones. Ese horror con que se acostumbra a mirar el mundo, viendo en cada hombre un poderoso

enemigo que es necesario evitarlo a toda costa, huyendo del contacto de la sociedad por no corromper los sentimientos; la melancolía que empieza a embargar el alma, el fastidio, los fantasmas formados por la imaginación, todo contribuye a crear la enfermedad que un poco más tarde vendrá a producir una prematura desgracia.

No puede ser, pues, en manera alguna conveniente al bello sexo una educación como esta i que ya, por desgracia, se vá generalizando entre nosotros. La amabilidad de las preceptoras, los materiales progresos de las alumnas que se exhiben a la espectación pública, fascinan a las madres, que sin comprender la misión que están llamadas a desempeñar en el mundo sus hijas, las entregan en brazos del jesuitismo, para deplorar cuando *ya es tarde*, las amargas consecuencias de una perversa educación.

XI.

Aquí entra también el *director de conciencia* aconsejando a las madres que encierren en esos conventos a sus hijas si quieren sustraerlas a las tentaciones del demonio i a los efectos perniciosos de

cualquier otro sistema de educacion. No parece sino que esos Basilio quisiesen formar mujeres para ellos, i que aguardasen del Santo Padre la abolicion del *celibato*. Pero Dios nos libre de semejante *papada*, porque entónces seria espantosa la *chañadura*.

Obsérvese en los estrados a una de esas niñas educadas en clausura cuando es recientemente presentada en sociedad. Desde que se sienta se manifiesta inquieta i recelosa, como si temiese que por momentos fuera a robársela alguno. Su cara se torna aflijida, lleva el pañuelo a cada instante a la nariz, mira al hombre con tímida ansiedad i con cierta envidia a sus demas compañeras; busca a cada instante con los ojos a la mamá; está temerosa de cometer algun disparate que la ponga en ridículo i todo la turba i la abochorna. Si alguno se llega a conversar con ella, tiene mui pronto que renunciar a ese placer, porque ni entiende ni es entendido.

Pero la sociedad, dice la madre, la instruirá al fin: en ella se despertará i ya sabrá comprenderlo todo.

Sin embargo, no se descuida para advertirla por lo bajo—Mira, con ese no bailes—Por qué?—Porque es pobre; no tiene medio; i parece que aquel

señor te quiere venir a sacar i ese es mui rico; tiene una hacienda i casas i . . .—Ai! mamá; si es tan feo i tan tosco!—Qué sabes tú de eso, muchacha? haz no mas lo que te digo.—Bueno, mamá—Con aquel otro tampoco bailes—I con ese otro, por qué?—Porque es de mala familia—Es decir que ha cometido maldades su familia?—No, niña; es que sus padres no han sido caballeros. Ahora tiempo tuvo su padre una cigarrería, i ya ves, si bailas con él te vas a desacreditar; i eso no puedo consentirlo yo.

Así advierte la madre a la hija en sociedad para prevenirla de *chascos*. Bello modo por cierto de ilustrar a la hija! Merecía que alguno se llegase a ésta i la dijiese también al oído—No haga V. caso, niña, de lo que la dice su mamá; porque ese a quien le ha aconsejado su mamá que quiera, es un mozo vicioso, de detestables costumbres, sin educación ninguna, torpe i sin la más insignificante instrucción. Tiene plata, es cierto, pero adquirida por el vicio o por herencia, i solo la emplea en dar pábulo a sus malas pasiones. Si llega V. a casarse con él, será desgraciada por todos los días de su vida.

Así merecía esa madre que le aconsejasen a su hija.

XII.

Debe, pues, la niña educarse al lado de su madre, sin ridículas amenazas ni necias privaciones. Debe formar su corazón con lecturas instructivas i entretenidas. Esa prohibicion de las novelas es un absurdo, porque las novelas son las que dan a conocer a la niña la sociedad i facilitan su lenguaje. Con tal que no ataquen ni su pudor ni sus creencias religiosas, toda novela le es útil. Es inmenso el beneficio que traen esas lecturas a las mujeres; por su medio saben apreciar la vida teniendo a su vista las falacias del mundo i conociendo los enredos i peripecias de la sociedad. Toda esa charla importuna, todas esas declamaciones indigestas en contra de las novelas, son absurdos ridículos que ya van cayendo en el desprecio que se merecen.

Las jóvenes de espíritu enfermizo o mui sensibles e impresionables, no deben abandonarse a lecturas téticas ni donde jueguen fuertes pasiones, porque pueden dañarles el corazón obrando perjudicialmente en su intelijencia. Del mismo modo esas lecturas místicas, esas obras que procuran con-

quistar almas para el cielo por medio del terror de los infiernos, son en extremo perjudiciales a las niñas, pues a mas de aprisionarles el corazon i viciarles la intelijencia, las pueden conducir a un ascetismo funesto, a un estado penoso de melancolía i tal vez a la desesperacion.

Miéntras no esté la mujer completamente formada, debe estar a distancia de la sociedad instruyéndose i tomando útiles advertencias de su madre: porque tan perjudicial es a la niña formarse en el centro de la sociedad, es decir, en su bullicio, en sus diversiones, en sus engaños, como aprisionada en un cláustro. Ya hemos demostrado por qué.

No debe nunca una jóven poner su fé i su esperanza en esas que pueden llamarse *promesas sueltas* que hacen los hombres a las niñas en sociedad, i que son hijas casi siempre de una impresion del momento; impresion que muchas veces bastan para desvanecerla las brisas de una noche.

Lea una mujer i lea todo lo que pueda, que eso es lo que viene a formarla su principal mérito. Una mujer instruida sabrá siempre manejarse con dignidad, teniendo la inmensa ventaja de poder fácilmente conocer sus admiradores i apreciarlos en su valor verdadero.

No venda jamás su corazon, si no es que tenga

pecados tan grandes, remordimientos tan espantosos, que quiera ántes de tiempo conocer el infierno.

El teatro, que es uno de los elementos principales de civilizacion de los pueblos, debe siempre ser frecuentado, principalmente por el bello sexo, e irse a él como a una escuela donde se van a recibir útiles i provechosas lecciones. Esos espectáculos que instruyen divirtiendo, obran poderosamente en la inteligencia i corazon de una mujer. Allí conoce por la práctica a la sociedad i es advertida de mil incidentes que puede evitar o aprovechar en su carrera. Todos los que predicán en su contra, o son intolerantes fanáticos o pobres necios, puesto que sus beneficios están a la luz en el mundo entero. Pero nuestros Basilios, apénas si admiten los *autos sacramentales*, i si en ellos hubiera estado, no conociera el pueblo mas composicion dramática que la *Degollacion de Herodes*, i toda vez que la *alta aristocracia* de Santiago desease gozar de espectáculos teatrales, tendria que irse a ajustar en las banquetas de Utrilla.

Debe tambien toda niña asistir siempre que pueda a las tertulias o reuniones, donde la sociabilidad le brinda muchas veces un venturoso porvenir. La desenvoltura i suavidad en sus acciones deben siempre

acompañar a su discurso: la amabilidad i condescendencia no deben abandonarla jamás, a no ser para rechazar importunas i molestas exigencias.

I aquí vamos a dar un consejo a las jóvenes, aunque los hombres nos lo tengan a mal. Somos partidarios de la mayor comodidad de la mujer; somos los abogados de sus derechos i ansiamos por ponerla en su terreno.—Si, como lo dejamos dicho mas adelante, la modestia i la humildad deben caracterizar a una mujer en todas las épocas de su vida, les aconsejamos no obstante, que cuando se topen por ahí con esos mozuelos que sin pudor alguno le han quitado a la Venus su ceñidor, con esos cuyo talento se les ha ido todo a las pantorrillas i que lo único que saben es desatarse en cabriolas, se muestren lo ménos complacientes posible, i los miren i los traten con orgullosa altivez; porque si ellos se creen con el derecho de *atacar* ¿por qué la mujer tambien no ha de tener el derecho de la *resistencia*? Si ellos tienen la facultad (ibamos a decir la desfachatez) de dirigir sus exigencias a la que mas les ha llenado el gusto, a la mas *pintada*, como ellos dicen ¿por qué ésta tambien no ha de tener la facultad de burlar sus exigencias por evitarse un mal rato o talvez una incomodidad? Deben hacerlo; están en su derecho.

Toda niña, por el rol que está llamada a desempeñar en sociedad, no debe jamás tomar cartas en esos tumultuosos juegos que de vez en cuando vienen a conmover las sociedades en sus cimientos i los cuales deben únicamente ser dirigidos por los hombres, puesto que mas fácilmente pueden resistir las convulsiones i obrar con mas madurez i reposo. Por ejemplo, en esas agitaciones políticas cuando varios partidos se disputan el mando en una nacion. Como estas son luchas de espectáculo, no está bien que una mujer se presente en la palestra armada de resentimientos i pasiones i provocando al enemigo, a aquel que abriga diferentes opiniones porque tiene opuestos convencimientos. Mui difícil se hace el combate con el sexo débil, i la educacion misma del hombre ya de antemano lo pone en derrota. No por esto queremos decir que deba una mujer permanecer indiferente cuando el sentimiento de la patria venga a agitar el corazon de sus hijos; no. Mui honroso es, sin duda, para una mujer el avivar el entusiasmo de los suyos i tejer bellas coronas al vencedor: pero que sus discursos no vayan sembrados de palabras de odio ni de muerte, ni sus coronas se encuentren salpicadas con la sangre de los vencidos.

Las mujeres en todo caso deben pertenecer al

partido de la desgracia, i léjos de maldecir deben compadecer al que tuvo la triste suerte de quedar destrozado sobre el campo, i correr al alivio de sus dolores sin preguntar bajo qué bandera combatia. Angeles de paz i de consuelo, ellas tienen el secreto de aliviar el infortunio i de curar las heridas del desgraciado con una solicitud dulce i tierna.

Nada hai que afee mas a una mujer que esas manifestaciones de odio i esterminio, porque prueba con ellas que estan dormidos o que ya han volado de su corazon los sentimientos mas jenerosos i nobles. Los labios de una mujer no deben jámas desplegarse para dar paso a palabras que insulten la caridad cristiana, i aunque una fuerte comezon la impulse, debe dominarse i enmudecer.

XIII.

Dedicaremos tambien algunas palabras a esas niñas que se entregan a una mentida beatitud, de despecho las mas veces ; a esas que llama el mundo *beatas* i que ya han caido tan en *desuso*. ¡Qué mal pega a una jóven de 20 o 30 años enfardarse continuamente con ese ropon negro, ya tan desacredita-

do en nuestros dias, i llevarse nocturnamente arrodillada en los templos o a los pies de un confesor! ¿Creen que eso aboga en favor de la santidad de su alma? de la bondad i dulzura de sus sentimientos? Pues están equivocadas ; porque ya todo el mundo sabe que esas que la echan de *beatas*, son las que tienen mas mal jenio, que son rencorosas i envidiosas, dispuestas en todo momento a levantar el mas *inocente* falso testimonio, que abrigan siempre hipocresia i que no esperan sino que un hombre les diga—*casamiento*—para mandar a pasear con viento fresco la *beatitud*.

Cuando el mundo vé a esas mujeres siempre en conferencia con el confesor, i que no abandonan sino con suspiros las baldosas del templo, cuando no se le ocurre pensamientos temerarios, he aquí lo que se dice—“Es preciso que esa mujer sea mui perversa para tener necesidad a cada momento de la absolucion de un confesor i de hacer tanta penitencia.”—I si fuésemos a escudriñar el interior de esa penitente, resultaria que toda su beatitud, toda su santidad, se podria traducir por esta sola palabra—*finjimiento*.

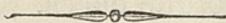
No se finjan pues, *beatas* nuestras niñas ; déjense de esas lesuras. Si han sido desgraciadas en sus amores, si tienen temor de quedarse para *tias*, vean

modo de procurar otros medios para conseguir su objeto ; i no *encapuchándose* i poniéndose las mas veces en ridículo. Nada hai que aliente mas que la esperanza, i esta consoladora diosa del universo sabe adornar la vida i endulzar toda situacion por triste que parezca.

La niña se casa al fin i pasa a nueva vida. Nuevas costumbres se arraigan en ella ; nuevas exigencias de la sociedad i por consiguiente nuevas ridiculeces. Vamos pues, a hablar ahora de la *esposa*, i ojalá que no se interpreten mal nuestras palabras. Siendo viciosa la educacion que hoi dia se da a la mujer, careciendo jeneralmente de instruccion i estando dominada por tantas necias preocupaciones, en cualquiera estado que se la considere, habrá que tropezar forzosamente con defectos que ya es tiempo que se corrijan en obsequio de la mayor cultura de nuestra sociedad.



LIBRO SEGUNDO.



I.

Entre nosotros cuando se casa una mujer cree que ya se anula para la sociedad, i principia por olvidar todas las gracias que la hacian recomendable cuando soltera. Lo primero que hace es afectar cierta seriedad, que cuando es jóven le pega tanto como a una vieja pudieran pegarle las cabriolas. Esto no quiere decir que no deba la niña ser circunspecta i aun grave, puesto que esta condicion la exijimos aun siendo soltera : pero tampoco debe apoltronarse, poner en tortura su jenio i afectar indiferencia por los placeres de las solteras, cuando se le van el corazon i las piernas por participar de ellos. Esto no lo aprobamos, como tampoco que una niña de jenio vi-

varacho, una vez casada, se ponga a jugar con el novio al *pin-pin* o a la *gallina ciega*.

Debe la mujer aun mas que el hombre tener siempre presente aquel refran español,

Antes que te cases

Mira lo que haces.

Porque es a la verdad el negocio mas sério de todos los negocios de la vida, el matrimonio. Por lo que es conveniente, que ántes que vengan los eternos lazos a morijerar la existencia, ya los presuntos esposos deben recíprocamente conocerse en su carácter e inclinaciones.

Esos casamientos que se hacen en *veinte i cuatro horas*, solo son para dar que reir a la jente sensata, pues está de manifiesto que el móvil que los impulsa no es el amor ni afecto que se le parezca, sino puramente el interes ; i prueban que alguno de los novios es tonto, sino los dos. Porque, una persona inteligente que sabe lo que en el mundo importa unirse eternamente a otra persona a quien no se quiere, o a quien se le tiene mas bien antipatía que amor ¿consentiria jámas en vender su corazon al dinero cuando el infierno que la espera le impedirá en todo caso ser feliz en su opulencia? jámas. Pero la ambicion arrastra, i desde que el no tener coche es casi una mengua a los ojos avaros de la *aristocracia*, i

el no gastar algunas sumas de dinero en Valparaiso por la estacion del verano es de *mal tono*, creen que seria una verdadera simpleza despreciar una de esas *mamadas* que se proporcionan de hacer fortuna por el *matrimonio*. I no solo dicen que entregan su corazon, pero si fuese necesario todavía cortarse las orejas—Ai! esclamarian, qué horrible sacrificio! i que una tenga que resignarse! pero qué no puede el *amor*! Ahí veremos modo de encubrir el defecto con el pelo.—Así dirian las que creen que con plata se puede comprar la felicidad.

Pero no cuentan con la *huéspedea*; el cordero o la oveja se tornan pronto en leon o gata, i entón-ces. . . .—Ai! i todavia fué necesario que me cortase las orejas! . . .—Pero ya no valen exclamaciones; no hai mas que beberse las lágrimas i arrastrar con la cruz; para eso se arrastra en *coche*.

Entre nosotros el matrimonio importa a toda luz la esclavitud de la mujer: el hombre conserva siempre su libertad; no hace el sacrificio ni de uno solo de los placeres a que se entregara cuando soltero, i exige de su esposa que lo haga de todos! Cree que puede imponer en todo caso su voluntad a la mujer, i que, haya o no justicia, tiene ésta por *obligacion* que amoldarse a ella. Ya se casó: ya concluyeron sus derechos: ya no *debe* tener corazon por-

que no *debe* sentir; ya no *debe* tener inteligencia, porque *debe* anular su pensamiento. Esto solo prueba que nadie tiene confianza en la educacion que se da a la mujer, i la necesidad que hai que ésta empiece a conocer i sostener sus derechos.

¿Por qué esa pretension del hombre? por qué ahogarle la libertad a la esposa? Qué lei lo hace el tirano de su mujer? Qué precepto humano o divino hai que diga que una mujer debe convertirse en momia una vez que se una al hombre en matrimonio? Nada: solo una costumbre torpe, un uso autorizado i hecho necesario por el mismo asentimiento de la mujer, que no quiere sino casarse sin pararse a discutir las *cláusulas del contrato*.

No está la felicidad en el matrimonio cuando no existe entre los esposos reciprocidad de sentimientos, i sí muchas veces una amarga desgracia, una dolorosa desesperacion al considerarse por toda la duracion de la existencia atada a un hombre a quien no se ama i a quien es preciso *acariciar* i obedecer. A no ser que el esposo tire a tísico..... pero entonces se hace criminal la mujer si pone su esperanza en ese *socorro* de la naturaleza.

En los primeros dias del matrimonio, en la duracion de la *luna de miel*, todo es condescendencias i cariñosas sonrisas. Desde temprano se afeita i acica-

la el hombre para parecerle *buen mozo* a su mujer : todos son mimos i confites : la novia solo hace regaños i pucheros al novio, i lo engríe con bromitas dulces i pellizquitos amorosos. ¡Feliz ella que encontró tal hombre! feliz él que tropezó con tan cándida mariposa!

Pero no se vive hoi solamente ; no es la luna de miel la sola estacion del matrimonio. Esas dos almas que se confunden en el placer, si no las une el amor, vendrán mas tarde a confundirse en la desgracia, cuando ese placer se debilite i se acabe. Si sus gustos, si sus opiniones se chocan, ¿cuál será la víctima? La mujer en todo caso ; porque si continúa al lado del esposo, las consecuencias de su odio o su despotismo pesarán sobre ella : si se ausenta de él, la agoviarán los anatemas de la sociedad.

Regularmente son funestas las consecuencias que traen consigo esos casamientos improvisados, donde no puede haber un afecto verdadero que pueda resistir a la accion del tiempo. Estos casamientos se hacen casi siempre contra la voluntad de la niña, la que es precipitada por la ambicion de los padres. Estos llevan sus derechos sobre las hijas mas allá de los límites naturales, i continuamente se está viendo que una niña que se opone a las miras espe-

culativas de sus padres cuando quieren sacrificarla, es atormentada con la indiferencia, con el desprecio, con las diarias amenazas, con privaciones i encierros. Del mismo modo que cuando la hija se halla amando contra la voluntad de aquellos i quiere unirse en matrimonio a la persona que ama, es rodeada por un infierno de intrigas, acosada por tristes impertinencias, i todo es para ella penas i amarguras en el hogar de la familia.

Estas injusticias de los padres son mas sensibles cuando están apoyadas tan solo en la ambicion. Sacrificar de esa manera a la hija, destrozar asi su corazon por arrebatarle su felicidad, es un crimen que debia la sociedad castigar con su anatema. Pero se han hecho tan vulgares, está tan acostumbrada la sociedad a ver estos *juegos dramáticos*, que regularmente le sirven de diversion i se entretiene en formar *comedias* de los incidentes de esas pasiones, acomodándoles siempre algun chistosísimo desenlace. Cosas de la sociedad!

II.

Uno de los mas poderosos inconvenientes que se presentan a la felicidad de un matrimonio, es la

desproporción de edad entre los esposos. Estos ridículos casamientos tienen regularmente un fin desgraciado. ¡Qué niña es la que quiere de corazón a su *vejstorio* consorte? Ninguna. ¡Qué mozo es el que soporta muchos días a su *señora mayor*? Quién tiene la paciencia de echarse por algún tiempo a cuestras una vieja? Un demonio! Sería ciertamente curioso oír a esa niña decir a su marido—*mi adorado tormento!*—(lo de *tormento* es ajustado al buen sentido; lo de *adorado*.....eso, para los que están en gracia de Dios) i al novio llamar al pergamino de su mujer—*mi dulce mitad!*—¡Cuál es el más serio de todos los ingleses que no soltase la risa?

¡I que haya jentes que no tengan vergüenza de aparecer en público de bracero arrastrando con el viejo o la vieja, i diciendo a voces a todos los que las miran, yo me vendí al dinero, yo dí mi felicidad, mi porvenir por *cuatro reales*?—¡Oh gloriosas víctimas! dignas de figurar en el catálogo de los santos mártires! dejasos mimar por vuestras *vivientes crónicas*, miétras vuestro *amor* les prepara la caja del polvillo!

¡I en qué viene a parar una niña que se une en matrimonio a un viejo? En que... .. en que..... El asunto es serio; vamos con tiento. Esa criatura

vendrá luego a conocer lo triste de su posición, el ridículo que se ha echado encima, la nulidad en que ha caído, la burla, el desprecio que no podrá ménos de inspirar a sus demas compañeras. Es jóven, tiene pasiones, hai encerrados en su corazón sentimientos que buscan salida, quiere gozar en las diversiones del mundo, quiere dar expansión a su alma, quiere adornarse con las flores perfumadas de la vida, busca en fin algo que pueda calmar la ansiedad que la atormenta i conducirla a otra atmósfera, a otro cielo que no esté encapotado de nubes sombrías i borrascosas, i donde pueda respirar un aire que ensanche el corazón i lo humedezca.

Si la niña ve la imposibilidad de realizar su esperanza por los celos del marido o por algun fuerte sentimiento de delicadeza, caerá en un abatimiento espantoso, en una honda melancolía que la irá consumiendo poco a poco, que la avejentará ántes de tiempo i concluirá por fin con su existencia en una edad en que aun podia sonreírle la vida. Si fué su ambición la que la sacrificó, bien cara por cierto la paga; pero si fué la ambición de sus padres ¡qué remordimiento para ellos!

Mas el sentimiento de la propia conservación es poderoso, i una vez que el hombre tenga la astucia i el talento suficiente para pintarla con felicidad su

situacion, o que estén ámbos realmente enamorados, la mujer insensiblemente irá cediendo i cobrando fuego en sus pasiones a medida que se vaya ensanchando el cielo de su esperanza. Es natural que esa mujer busque mejor vida ; que quiera ser feliz. Los halagos de su amante obrarán mas precipitada i dulcemente en ella, cuanto mas repugnante le vaya siendo la presencia de su marido. A este lo mirará como su escudo social, como la pantalla que ocultará al mundo sus amores.

El deseo, la fuerza de la juventud i las pasiones, triunfan al fin.

Ese triunfo puede quedar envuelto en la oscuridad i el misterio, o puede pasar al dominio de la sociedad. Si la mujer gustosa sacrificó su porvenir, merece reprobacion i desprecio ; pero si fué precipitada, si dió el fatal sí ostigada por las amenazas i las intrigas de familia, entónces, ah! disculpa para ella ; mas que disculpa, justificacion completa!

¿Por qué se engañó a esa mujer? por qué se la obligó por la fuerza a unirse a un hombre que le era odioso i a quien ella no podia prometer nada sin traicionar su conciencia, su corazon i sentimientos? Qué derecho tiene ese marido para quejarse de las acciones de su esposa? Qué derecho tiene la sociedad para descargar su injusto anatema sobre una criatura que

se resiste a ser víctima de un aborrecido esposo al cual se le ha unido por la violencia?

No debe ser esa mujer criminal a los ojos del mundo, como no lo es a los ojos de Dios. Sí, no lo es; porque esa union es ilejítima; porque hubo engaño; porque el corazon de esa mujer nada prometió ni juró. Quienes prometieron i juraron fueron sus padres, i ellos son los que deben responder al mundo i los que tienen que disculparse en presencia del Supremo Juez. Qué! es cosa no mas de decirle a una mujer—tóma, este es tu marido; él es viejo i ridículo, pero tú nos debes obediencia *pasiva*, i te mandamos que te unas a él i seas desgraciada i sufras tormento por todos los dias de tu vida?—I los hijos de esa mujer? i los hijos de sus hijos?

La esposa de uno de esos maridos impuestos inquisitorialmente que sucumbe a una pasion, de nada es responsable ni a su marido ni a la sociedad. Aquel no puede tacharla de infiel ni perjura, ni ésta de depravados sentimientos; pues no juró fidelidad ni se ha entregado al amor por corrupcion; sino porque como ya vió muerta su esperanza en el mundo de poderse unir al objeto de su amor, como existian en su pecho pasiones i deseos, como era desgraciada, como es natural en toda criatura humana procurarse el alivio de su infortunio i buscar

la felicidad, ella no quiso resignarse al sacrificio en que la ajena ambicion la precipitara, i buscó el consuelo, el placer, la ventura que le habian arrebatado en el paraiso de su amor.

¿No tachamos de débiles a las mujeres? I si a mas de esas causas poderosas que la arrastran tras la esperanza de una vida mejor, se une tambien su debilidad ¿en qué se apoyan los cargos? ¿en qué se fundan las acusaciones? No es infiel, no es perjura, no ha cedido a la pasion por corrupcion, es débil ¿qué mas se exige? nosotros pensamos que esas causas son mas que suficientes para quedar completamente justificada.

Pero la sociedad no absuelve: el tribunal de la opinion dicta su fallo i es inapelable su sentencia. ¡Donoso sistema de sociedad basado siempre en la injusticia! Preciosas costumbres que llevan siempre el pesar, la amargura, la desesperacion a la parte de la sociedad mas indefensa i mas débil! Rara moral que justifica al verdugo para lanzar sobre la víctima su anatema!

Pero es preciso que la sociedad camine a su mayor grado de perfeccion; que la opinion se ilustre i se establezca al fin el reinado de la imparcialidad i la justicia. La mujer siempre es el *cordero* del sacrificio, la que lleva sobre la frente el signo fatal de la

desgracia, i el ojo vijilante de la sociedad va marcando siempre su huella! Fatal momento aquel en que Eva fué a comer de la *manzana!* maldita la voz de la serpiente que halagando el oido se abrió paso al corazon de la primera mujer!

Si al menos se contentase la sociedad con juzgar los hechos, si se limitase solo a la verdad ¡cuánto no mejoraria de condicion! Pero se avanza a la chismografía, a la suposicion, a la calumnia. Avida de novedades estruendosas, miéntras mas hiriente es el ruido del *campanazo*, mas deleita sus oidos. Los pensamientos, las frases, los sucesos se desfiguran como por encanto. Hoi hubo intencion de cometer tal crimen; mañana se descubre que ya estaba preparado; al otro dia que es un hecho, que el crimen se cometió. Así precipita las mas veces acontecimientos que talvez no debieran suceder o cuya realizacion se hallaba distante. Ve, por ejemplo, a una mujer jóven i de agradables formas casada con un viejo; lo primero que se dice es—¡quién la estará haciendo el amor?—Si se descubre que algun jóven visita la casa, si se la ve pasear de bracero con él, ya estas son *fuertes presunciones*; comienzan a inventarse *incidentes*; suceden *coincidencias* singulares, i ya no cabe duda que en el tal matrimonio hai *gato encerrado*.—¡Bailó con él! se sorprendió

alguna mirada? puso mal jesto el marido?—Pues señor, el hecho es positivo; la muchacha *está* con el mozo i el viejo se traga la píldora; ¡I muchas veces existen entre esos supuestos amantes, mas bien que amor, antipatías!

Es una verdad que no negamos que las mas veces es preciso amoldarse a ciertas costumbres jenerales de la sociedad, pero tambien es verdad que es necesario modificar lo mas posible esas costumbres, i que al fin es preciso que se modifiquen.

III.

Otra clase de matrimonios que rara vez tienen buen fin, son aquellos que se verifican sin contar con recursos suficientes para asegurar una decente subsistencia. Estos se hacen muchas veces por el empuje de una violenta pasion, cuando la voz del sentimiento ha apagado la voz de la razon i ciegos de amor los amantes, solo piensan en los goces del presente sin cuidarse del incierto porvenir. Aunque ya estos matrimonios van desapareciendo del *mercado* del amor, sin embargo, aun suelen presentarse

ejemplos de estas *excentricidades*, por lo cual les dedicaremos algunas líneas.

Los padres jeneralmente se oponen a estos matrimonios, no porque les inquiete el incierto bien-estar de la hija, sino por la esperanza que se les ahoga de reportar ventajas del enlace. Sin embargo, es cuando están mas elocuentes para hacer reflexiones a la hija, mucho mas si anda *por la costa* algun mozito de *risueña perspectiva*.

En el mundo tan fatalmente positivo en que vivimos, es lesura pensar recibir consideraciones i favores de la sociedad, si no es presentándose a ella con las gavetas inchadas de dinero. Pero el sentimiento del amor, cuando se ha apoderado de esos cerebros medio huecos por la carencia de ilustracion, obra prodijios, mostrándoles el mundo i la vida de color de rosa. Nada mas peligroso para la pobreza que esas volcánicas pasiones; i es fatalidad que todo aquel que es mas pobre es siempre el que quiere mas. Será talvez porque el dinero vicia la existencia i el amor brota regularmente con mas facilidad en un corazon mas puro; a semejanza de esas preciosas flores que no nacen en terrenos cenagosos sino en los cultivados verjeles. Dos jóvenes que estan *ardientemente* enamorados i que son pobres, sacan por medio de su imaginacion tantos recursos de subsistencia,

que serian suficientes para pasmar al mas sabio financista que con mas economía i esplendor gobernase la hacienda mas complicada del mundo. ¡Tantos son los proyectos de *buena vida* que se forman! Los sueños del delirio les impiden mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista, i se echan a fabricar *castillos* con el candor de la infancia.

Si esa mujer tuviese instruccion, si conociese por la teoría el mundo, buen cuidado tendria de no dejarse arrastrar por la pasion, pues que sabria el porvenir que la aguardaba, i tendria un grueso ejército de ideas i reflexiones i todo el imperio de una razon ilustrada, que oponer a las doradas ilusiones del amor i a los vanos ensueños de una esperanza engañadora. Pero solo piensa en los goces del presente, i quiere respirar la libertad encadenada en los brazos de su amante.

Se abre el combate, la lucha se empeña, i entre una nubada de protestas i maldiciones, de llantos i desmayos, logra la muchacha salirse con la suya; porque al fin ¿quién puede vanagloriarse de ganarle un pleito a una mujer? i pleitos de esta naturaleza? Como ellas amenacen con *ciertas determinaciones*, no hai mas que sobreseer en la causa i llamar a transaccion a las partes.

Vuelan, pues, los amantes, unidos ya por el indi-

soluble lazo del matrimonio, a confundir sus almas en el cielo de su creencia. Se imaginan que han llegado a él, que el perfume de las preciosas flores de la esperanza realizada, suspende en mil delirios al corazón embriagado; que el venturoso Eden donde habita el Dios de los placeres i el amor, abre sus puertas para recibir en festividad a los felices esposos; que ya por fin llegaron al término de su destino humano i que ya tocan ese porvenir tan calumniado i esa felicidad tan combatida. Está bien: nadie ha puesto en duda la felicidad de ciertas horas, de ciertos días, talvez de una estación en la vida. Hai ilusiones, hai esperanza, luego hai felices engaños.

I después? Ah! el llanto necesitaba treguas para que pudiese el corazón acopiar sus lágrimas; el dolor necesitaba calmar para recobrar más fuerzas; el alma tenía necesidad del engaño para lamentar en horrible desconsuelo sus esperanzas perdidas!

Los esposos se dicen—Nó, este no es el Eden; aquí hai penas; vamos más adelante—Sí, vamos; aquí no puede ser; hai privaciones i estas causan amargura—Pero ¿a dónde dirijirse? cuál es el fin del camino? La mujer pone en ejercicio sus gracias para endulzar el peregrinaje; el hombre agota sus fuerzas por fortalecerlo. La senda se estiende i cada

vez mas se pierde de vista. Las flores que hermoseaban la orilla van periódicamente desapareciendo. Llega el cansancio, el fastidio, la desesperacion. El camino no se acaba i es forzoso seguir caminando

¡Preciosos sueños de felicidad! ¡qué os habeis hecho? Hermosas ilusiones de un porvenir venturoso ¡dónde sois idas? Dulces creencias alimentadas al fuego del amor ¡por qué volasteis del santuario del alma?

Todo se desvanece, i el cielo soñado se convierte en infierno de amargas realidades. La esposa regularmente no se resuelve a continuar la senda : sufre desnudez i miseria : le falta la educacion suficiente i la instruccion sólida para sostener su virtud. El hombre se fastidia de su mujer, pues a mas de soportar la vida tiene tambien que soportarla a ella : le enoja, le causan vértigos de incomodidad aquellas *divinas* gracias que la adornaran cuando era su amante ; huye de su lado i se afana por engañar la verdad. El tiempo va pasando, nacen los hijos i la esperanza desaparece.

He aquí las consecuencias que comunmente traen esos casamientos efectuados en el delirio de la pasion i que no cuentan mas recursos para subsistir que los vapores del sentimiento. Cosa por cierto bien poco

suficiente en este mundo en que nadie se mantiene a fuelle. I es nada todavia ; aun queda el desenlace del drama. La mujer no se conforma, no puede conformarse jamas con una situacion tan triste i tan desesperante, cuando podia ser la gala de la sociedad, nadar en la abundancia i embriagarse en tantos placeres en que se embriagan otras, siendo mas acreedora a ellos que muchas.

Las desavenencias matrimoniales, los continuos sinsabores domésticos minan su virtud, i aprovechando las ausencias del esposo, da oido a las mentirosas promesas de un amante. ¡Qué hacer? Por un lado la miseria, los sufrimientos, la amargura del dolor : por otro encantadoras promesas, diversiones, el *dinero*, la dulzura del placer. Aunque no fuese el corazon femenino tan fácil de ceder a las pasiones, siempre seria inminente el peligro. Cede la mujer, i viene el deshonor con sus espantosos horrores a completar el cuadro del infortunio.

I la víctima principal es la mujer ; sí, porque ésta es de vidrio i se quiebra al primer choque. La vejan, la acriminan, la calumnian, a ella, que cedió a la necesidad, que no quiso morir de hambre, que ya no pudo soportar a un marido que la asesinara a pesadumbres ; i al esposo nadie lo acusa, siendo él la causa ocasional de la deshonra de la

familia, porque desertaba del hogar dejando a la mujer i los hijos en abandono, porque maltrataba a aquella a quien habia jurado amor i arrastrado al infortunio con promesas ilusorias de felicidad futura; pero él es la parte mas fuerte, la que puede oponer mas resistencia al pesar, la que ménos pronto se doblega bajo el peso del dolor; es ménos a propósito por consiguiente para cebarse en él i por eso la sociedad lo abandona.

Es, pues, peligroso para una mujer el que se deje tan ciegamente arrastrar por la pasion hasta el estremo de comprometer su porvenir i el de sus hijos, cuando no hai por lo ménos fundadas probabilidades de procurarse honrosos medios de subsistencia. La hermosura, los encantos, los placeres pasan; las desgracias son las únicas que se quedan haciadas a la espalda encorvando la vida i prontas siempre a saltar a la memoria para encanecer los cabellos.

IV.

¿I esos otros casamientos efectuados en la niñez, cuando todavia la razon no puede pesar seriamente sus compromisos, presentar claras las nociones

del deber ni el conocimiento de la senda que se tiene que traficar? ¿Qué se puede decir de esos *ju-guetes* con que sellan los padres un ulterior pensamiento, i con los cuales se afianzan proyectos de indignas i mezquinas ambiciones? ¿Cómo clasificar este abuso de las familias?

Que los reyes, los príncipes, esos potentados que miran el mundo desde las pirámides de su orgullo, que creen que la *divinidad* los ha hecho superiores a todas las *razas* que pueblan la tierra, que jamás les inquieta el murmullo social de esa *canalla* que se llama *pueblo*, puesto que siempre han de ser acatados, respetados i obedecidos por sus *vasallos*, por que tienen riquezas fabulosas robadas a las naciones; que esos *monarcas* que se burlan del Evangelio i ultrajan el Cristianismo, puesto que aquel es democrático i este republicano, que esos se ofrezcan en holocausto a los proyectos de familia, que sacrifiquen sus afecciones, sus sentimientos a la ambicion, que para nada tengan presente la felicidad o la desgracia del hogar doméstico cuando se trata de asegurar la *dinastía* o la usurpacion, está en el orden que desprecien aquellos actos que son un yugo para el pueblo *canalla*, o que los acepten como recursos políticos o como fórmulas puramente diplomáticas. Los reyes, los príncipes jamás se deshon-

ran por escándalos de familia, por esas *quisicosas* que siempre son una catástrofe bajo el techo de los que no tienen una corona ni cargan mantos reales, pero que para ellos no merecen ni por un momento parar siquiera su atención.

Esos *señores* de la tierra llevan siempre bajo sus títulos dispensas de infidelidad, i no solo se creen autorizados para burlar las leyes sociales, sino para abolirlas i sustituirlas otras: pero aquellos a quienes la *divinidad* no ha favorecido con *pergaminos* de encumbrada *nobleza*, esos tienen que amoldarse necesaria i fatalmente a esas leyes sociales, sin que ninguno pueda tomarse la licencia ni aun de indagar su oríjen mucho ménos de quebrantarlas por injustas i odiosas que parezcan. Bajo este respecto, i no habiendo entre nosotros testas coronadas, ni príncipes ni nobles, es preciso que nuestra sociedad no se juegue ni burle del sagrario de la familia, i que al ménos, miéntras sus leyes sean justas i sancionadas por el buen sentido, es necesario que las respete i las obedezca. Esa libertad, por ejemplo, que se toman algunos padres de casar a sus hijos en la niñez, como hacen algunos príncipes i reyes por obedecer a la política o a la diplomacia, es un monstruoso abuso el cual debia ser castigado por la lei civil.

¿I la niña que así se unió en matrimonio, es tambien obligada por *lei divina* a guardar siempre fidelidad a su esposo, aunque éste le sea aborrecido al despertar en sus sentimientos? Cuáles son los deberes que se ha impuesto esa criatura? Prometió algo? juró? I cuándo juró i prometió? Cuando su razon aun estaba sumida en las tinieblas, cuando no podia tener voluntad propia, cuando su conciencia no estaba ilustrada, cuando no tenia *fé* que descansar en la *fé* de otra alma, cuando aun sus sentimientos i pasiones yacian dormidos en el santuario de su inocencia. Sabido es el valimiento que las leyes divinas i humanas dan a los juramentos i promesas de un niño. Son actos ilegales i por consiguiente nulos.

I no se crea que aquí hablamos de una estremada niñez, no : jóvenes de catorce años son todavia criaturas que no están en el caso de comprender la fé del juramento ni de imponerse sagrados ni difíciles deberes que cumplir. Una mujer sacrificada en tan temprana edad que venga con el tiempo a ser infortunada por el matrimonio ¿a quiénes culpará de su suerte sino a sus padres? qué, sino la ambicion de éstos la precipitó a la desgracia? ¿i cómo puede su esposo quejarse de su conducta? Ella le dirá:—yo no te amo ni te he amado jamas; yo no te he aceptado ni te acepto por esposo: si mis padres me

hicieron decir que *sí* cuando aun no tenía razon ni podia comprender la vida, ahora que la tengo, i que sé lo que importan la desesperacion i el sufrimiento, digo que *no*, porque no eres tú el hombre que me conviene i porque no es mi voluntad pasar toda mi existencia en martirio.

El eseso no tendria razon alguna de fundamento que oponer a esas reflexiones; i en tal caso un hombre de honor debe pacíficamente abandonar su puesto i no empeñarse en una lucha a toda luz injusta i tristemente ridícula. Váyase a los padres de esa mujer i luche con ellos si quiere, que son la causa de su desgracia.

Pero entre nosotros no se procede así; la mujer ha de tener que doblégarse i ha de amar a la fuerza; los mimos i caricias pasan a taco de cañon i el amor se traga como una repugnante i amarga medicina. ¡I pobre de la mujer si *falta!* ¡Ai de ella, si puso en algun otro su esperanza! El mundo entero se le irá encima i el despotismo mas estúpido i cruel la rodeará de cadenas!

El hacer contraer a los hijos compromisos tan sérios, como lo es el matrimonio, en una edad en que todavia no son capaces de discernir de las cosas con el aplomo necesario de la razon, es, lo repetimos, un acto abusivo e inmoral de los padres i con el cual

solo consiguen las mas veces introducir a la familia el desasosiego i el deshonor.

V.

Aquí tropezamos otra vez con la sotana, con el *director de la conciencia*. I en este caso son aun mas peligrosas a la mujer las absurdas amonestaciones del confesor, que en ninguna otra circunstancia de su vida. El marido, por ejemplo, quiere amoldar a su mujer a ciertas costumbres permitidas en el matrimonio i que están mui léjos de ser injustas o tiránicas; quiere imponerla ciertas prácticas puramente domésticas i las cuales no es posible divulgar a nadie ni consultar para su observancia opinion alguna. La mujer, sin embargo, las divulga al confesor i lo consulta: lo instruye circunstanciadamente de todo lo que pasa en su recinto doméstico, para que el *director espiritual* le imponga su *regla de conducta*. El temor que tiene de *condenarse* la ignorante esposa, la lleva a hacer a un hombre extraño una relacion sucinta de todo aquello que debia quedar sepultado únicamente en el sagrado santuario de la familia. El otro se ins-

truye de esas *crónicas* privadas, i muchas veces se ha visto que no se han dejado dormir los *directores de conciencia* i que han sabido sacar *partido* de esas revelaciones.

Un buen sacerdote haria callar a esa mujer o la aconsejaria que obedeciese a su marido puesto que no la ordenaba cometer un crimen; pero la mayor parte de esos *directores*, como son ignorantes i pretensiosos, no solo aceptan esas revelaciones, sino que indagan, intiman i ponen todos los medios de su parte para escudriñar de la penitente los secretos mas ocultos del hogar, i es su ambicion i su orgullo enseñorearse en la familia i echar por tierra la autoridad i el prestigio de los dueños de la casa. ¡Cuántos desastres no suceden diariamente oriñados por esas desavenencias entre los esposos fomentadas por el confesor! Cuántas mujeres separadas de sus maridos i cuántas familias en la miseria por ceñirse a los consejos de un director espiritual! Costumbre odiosa, absurda, inmoral, que insulta al cristianismo, se mofa de lo mas sagrado que hai en el mundo i destruye la felicidad inocente de las almas càndidas!

¡I con qué compensa el confesor a su confesada de la pérdida de su tranquilidad, de la de sus hijos i talvez de la del honor de su casa? Con la salvacion

eterna? Cómo! era necesario que esa mujer desobedeciese al marido, ocasionase su desgracia i su deshonra, dejase en la miseria i desamparo a sus hijos para alcanzar el cielo? La salvacion eterna se consigue a *catastrofazos* en el mundo? Dónde existe esa *divina* lei que ordena el delito, el *crímen* como condicion necesaria para alcanzar la felicidad en el otro mundo?—Sí, el crímen, porque tal es el que comete una esposa desobedeciendo al esposo en ciertos casos aconsejados por el director de su conciencia, porque se hace criminal una mujer que sin causa plenamente justificada, lleva el infortunio i la deshonra a su familia; porque no es sino un crímen el despreciar al marido, tiranizar los hijos i perturbar la quietud feliz de una casa por seguir los reprobados consejos de un confesor.

Pero a los *directores espirituales* nada les importa la felicidad de las estrañas familias, i todos los medios son buenos i *devotos* con tal de rejentar en ellas. ¡La relijion! oh! la relijion! es ella, dicen, la que lo ordena; es preciso cumplir sus santos preceptos que son los que yo predico, i el que me desobedece es *hereje* i ultraja a Dios i se condena—Así insultan i ultrajan ellos mismos la santa relijion de Jesucristo; así convierten en dogma odioso la relijion del que murió en la cruz; del que trajo al mundo el

reinado de la virtud, de la tolerancia, de la justicia ; del que consolaba, perdonaba i derramaba la paz i la ventura en el mundo prometiendo un cielo al arrepentido ; esa relijion de la que dice Chateaubriand que hace de la esperanza una virtud, i que no solo asegura la felicidad en el otro mundo, sino que la forma tambien en este. I esa felicidad no está ciertamente en el sufrimiento, en la miseria, en la deshonra, en el crimen ; luego no es la verdadera relijion la que les dicta esos consejos a los *directores de conciencia* ; luego es evidentemente a los ojos de Dios un gravísimo pecado obedecerlos.

No hai que inquietarse : el mal no es jeneral. Ya dejamos dicho que tenemos sacerdotes segun el Evangelio que hacen esfuerzos por salvar la sociedad, i al fin la salvarán ; porque indudablemente el vuelo que han alzado nuestros Basilio, el tono extraordinario que han tomado i la insolencia de que se han revestido, seria suficiente para envolvernos en un cataclismo espantoso, si por felicidad no contásemos tambien con verdaderos discípulos de Jesucristo, que al fin darán por tierra con las indignas pretensiones de sus cólegas i mostrarán en todo su esplendor la verdad evanjélica, esa verdad consoladora, magnífica, sublime.

Miéntras tanto es nuestro deber aconsejar aquí a las mujeres, puesto que para ellas escribimos, que sepan buscar sus *directores* i que se guarden mucho de dar cumplimiento a esas bastardas amonestaciones, en las que un torpe sacerdote les impone como preceptos de relijion la desobediencia a sus esposos.

VI.

Dios le quiso dar al hombre una amiga que lo acompañase en su soledad, que consolase sus penas, que lo alentase en sus trabajos, que compartiese con él los azares de la vida, i le dió la *mujer*. Alma cándida i sensible, pronta a enternecerse por la desgracia i solícita para aliviar el infortunio, es el encanto del mundo, la flor mas bella que hizo brotar Dios en eljardin del universo. Cuando el hombre vuelto de sus faenas se encierra en su hogar por descansar sus fatigados miembros, allí está ella para enjugar el sudor de su frente, para colmarlo de caricias, para hacerle amar la vida disipando de su mente las sombras del fastidio. Ella lo conduce al heroismo de la virtud, i por ella huella el hombre abrojos con

sus plantas i cubre de callos sus manos : es el bálsamo feliz que está constantemente cerrando de su corazon la herida que se esfuerza en renovar el mundo. Una sola de sus caricias basta para borrar una pena ; una sola de sus lágrimas para disipar el mas criminal intento. Sin la mujer, no existiria el lenguaje fascinador de las ilusiones ni el embriagador de la esperanza : no existiria el amor.

El amor es la fuente de las virtudes del alma, i la mujer cristaliza esa fuente cuando el soplo maléfico de las pasiones la ha enturbiado. El amor es el Dios de la felicidad i la ventura, i la mujer derrama de sus ojos cielo. El amor es la esperanza, i la mujer fortalece la fé en el corazon del hombre endulzando el peregrinaje de la vida. Dos almas enamoradas que recíprocamente se bastan, son felices : sus goces son llenos de suavidad, de pureza i de ternura. Zorrilla ha pintado con felicidad esta situacion de los amantes en los siguientes versos —

¡Alma mia, mi amor, paloma mia!

El hombre sollozando murmuraba ;

I ella muerta de amor le sonreía

I él muriendo de amor la enamoraba.

La mujer es el elemento principal de la felicidad

del hombre, luego su mision en la tierra es importante i delicada. La esposa es al esposo como la medicina al enfermo, como el rocío a la planta ; los dulces lazos con que el amor encadena sus almas, léjos de ceder al tiempo o de romperse por la debilitacion de los primeros placeres, se afianzan mas por el advenimiento de nuevos i mas inefables goces, por las delicias del amor filial.

Veamos como debe desempeñar la mujer su mision al lado de su esposo i qué regla de conducta debe observar para no hacerse jamás odiosa i mantener siempre la conformidad i la mayor dicha posible bajo el techo del hogar en las vicisitudes de la vida.

VII.

Como suponemos que el enlace haya sido perfecto, que las almas de los esposos se hayan unido por la afinidad del sentimiento del amor, creemos que el elemento principal de su felicidad es la *armonia*. Cuando falta ésta, puede decirse que falta todo, pues de las contradicciones vienen los disgustos, de estos

el desamor i despues el fastidio. La armonia en el matrimonio significa paz i ventura, i contribuye sensiblemente a dulcificar los sentimientos.

La mujer a quien el hombre identifica a sí mismo, que la mantiene, que la da una familia, debe poner todo su conato en agradarlo, estudiando su carácter i manifestándose en todo complaciente. Ella hace casi siempre lo que quiere de su esposo, porque al amor todo cede; luego cualquier sacrificio que haga para amoldarse al carácter del marido, siempre será recompensado con usura.

La consagracion a sus deberes domésticos, la asistencia personal de su casa, es uno de los méritos mas recomendables en una buena esposa: Miétras anda buscando el hombre la subsistencia, miétras gasta su vida en el trabajo por proporcionarla comodidad i bienestar, debe cuidar la mujer por su parte, que a la vuelta el marido no encuentre en su casa motivos de disgusto ni de quejas; pues que viene a buscar descanso a sus fatigas, i a olvidar o mitigar sinsabores talvez recojidos en sus mismos trabajos. I no puede ser buena esposa ni tener cariño verdadero al marido, aquella que solo piensa en pasear, en procurarse placeres dejando en desarreglo su casa, miétras el esposo está ocupado en ganar la subsistencia i medios para darla buena vida. Las

consecuencias que estos desarreglos traen consigo, deben pesar con justicia sobre la mujer, puesto que dió márgen a ellos por el no cumplimiento de sus deberes. ¿Acaso se ha casado tan solo para tener quien la mantenga, quien la proporcione comodidades i lujo, quien la satisfaga todos sus deseos, i para mandarse cambiar a las diversiones, darse gusto en todo i no sacrificar uno solo de sus caprichos? No; si debe ser atendida, tiene tambien la obligacion de atender; i primero estan sus deberes que sus goces i caprichos; primero está su casa que la diversion.

No quiere esto decir que sea la mujer esclava en su casa ni que haga abnegacion completa de los placeres de la vida. Ya hemos hecho ver como somos partidarios de la mayor comodidad e independenciam de la mujer: la tiranía i el despotismo nos inspiran odio en donde quiera que los contemplemos i deseamos su esterminio absoluto. Pero ninguna esclavitud hai en que una mujer se consagre al cumplimiento de sus deberes i en que atienda a las necesidades de su esposo que debe considerarlas como propias, pues en todo caso atiende a su propio bienestar, teniendo ella que seguir la suerte de su marido.

En nuestra sociedad ¿hai muchas esposas que comprenden su importante mision llenando en su totalidad el conjunto de sus obligaciones? Quisqui-

llosa es la pregunta, pero nosotros contestaremos con la franqueza que nos caracteriza, que no solo no hai muchas, sino que hai mui pocas. Esto es natural. No siendo jeneralmente entre nosotros instruida convenientemente la mujer, no puede conocer en toda su importancia el rol que desempeña en sociedad ni la estension de sus deberes en sus diferentes posiciones. Cree la mayor parte que con hacerle cariños al esposo i mandar sacudir los muebles de la casa, ya está todo hecho: otras con darse cierta importancia quijotesca, ordenar como sultanas y entrometerse en los negocios del marido. Esto no se llama ser buena esposa.

Es justicia que la mujer ceda al hombre, por eso hemos dicho que debe aquella estudiar el carácter del esposo para establecer en la union la armonía. Deben mutuamente respetarse en sociedad para equilibrar su prestijio; cuidando la mujer no poner en ningun caso en ridículo a su marido por ignorancia o por un motivo cualquiera; pues no pocas veces se ve que se establecen disputas en los estrados entre marido i mujer, i se dicen sus *claridades* i se desmienten i se hacen *torcidos*. Otras veces cuenta la mujer con un candor admirable, lo mucho que la quiere su marido i los *estremos* que hace por ella. Todo hombre por sabio que sea, tiene sus momentos

de tonto en la vida, i estos regularmente son aquellos que se emplean en acariciar a una mujer que se quiere; de modo que si la esposa se pone a referir a sus tertulios los *estremos* del esposo, no conseguirá otra cosa que ponerse ambos en ridículo.

Aunque la mujer se crea moralmente superior a su marido, debe en sociedad disimularlo lo mejor posible, anteponiendo en ciertos casos la opinion del esposo a la suya, puesto que él es quien dá el nombre a la familia i es su jefe. Una mujer de buena educacion e instruida, atiende en un estrado mas a las consideraciones del marido que a las propias, i jamás deja traslucir sus incomodidades ni quejas que pueda tener contra su consorte, pues ningun alivio puede reportar de un tan imprudente desahogo, i solo consigue dar pábulo a la sociedad para mil conjeturas, en las que ella misma no queda por cierto las mas veces bien parada. Todo lo que pertenezca al recinto doméstico debe quedar en él sepultado, i es estremada candidez en una mujer que vaya a regañar a su marido en presencia de personas estrañas, de lo que la dijo o la hizo en la confianza del matrimonio. Esto significa siempre mucha pobreza de espíritu o falta de educacion.

No debe una esposa hacer conocer que está injerida en los negocios públicos del marido, de cual-

quiera clase que sean, haciendo en ellos indispensable su opinion ; porque es hacer ver que domina a su esposo, cosa que debe disimular la mujer aunque sea una verdad. Triste idea dá por cierto un matrimonio en el que la mujer se ha puesto los calzones i domina como jefe absoluto de la casa : la sociedad lo anatematiza bien pronto con el ridículo, diciendo de ese esposo que tan solo sirve para hacer *arrurrugata* a sus chiquillos.

La mujer sin embargo, como de imaginacion mas viva i penetrante, como mas veloz para pensar, debe hacer al marido todas las advertencias que se le ocurran en todos los casos que crea necesarios i dejar en seguida que él obre como lo encuentre mas conveniente ; porque si ella tiene la agudeza del ingenio, aquel tiene el reposo, el aplomo de la razon para meditar sobre sus negocios lo que juzgue de mas utilidad i conveniencia.

Es virtud bien recomendable en una mujer el saber disimular las faltas del marido, el tener la suficiente paciencia para sobrellevar con la resignacion posible los malos ratos que pueda darla por efecto de su jenio : en estos casos, una mujer de talento léjos de ponerse en choque con su esposo, procura evitar las incomodidades calmando sus arrebatos o guardando un prudente silencio. Los pleitos de ca-

sados son los únicos que no dejan a nadie utilidad, i para quedar a su conclusion lo mismo que ántes, no merecen ciertamente la pena de romperse los cascos.

La mujer casada en sociedad no debe dar oídos a *galanteos*, a esas protestas de amor con que los mozos sofocan a las jóvenes en un estrado. Como su union ha sido perfecta, i como ninguna grave queja tiene contra su marido, el solo hecho de prestarse a esas conversaciones, es una injuria al esposo i una sombra que se echa encima, pues la idea que dá de su carácter es desfavorable a su honor. La mujer una vez matrimoniada no debe *coquetear*; conservando siempre su amabilidad i solicitud, no debe alimentar en los hombres esperanzas culpables. Si lo hace solo por pasatiempo, con la intencion de burlar despues a su *amoroso perseguidor*, viene a la larga a ser ella la perjudicada, porque el donoso sistema social que forman nuestras costumbres, sabe maravillosamente descansar sus cimientos sobre suposiciones i mentiras, i una vez en posesion de esa *broma*, sabrá convertirla en *hecho* i presentarla a *esposicion*. I despues de todo; en asuntos tan sérios no sientan bien las bromas, de suerte que éstas se van formalizando poco a poco i acaban las mas veces por hacerse *muy pesadas*. Una alma cré-

dula i sensible, unã inteligencia poco ilustrada i pronta a exaltarse que entra en esos *juegos*, principiará *embromando*, pero ella misma no podrá decir a punto fijo cómo acabará.

VIII.

Hai un demonio que persigue la felicidad de muchos esposos envenenando su existencia; un aguijon infernal que perturba el sueño, quita la calma, agria los sentimientos, llena de desesperacion i carga la frente de nubes tenebrosas i sombrías—los *celos*. Este enemigo mortal de la ventura doméstica, este asesino de la paz de la familia, se apodera vulgarmente de esos espíritus inquietos i veleidosos, que miran solo el matrimonio bajo el punto de vista de la concupiscencia i que creen que todos sus goces están circunscritos a la sensualidad. Estas almas enfermizas no pueden concebir la virtud en una mujer *coqueta*, i se persuaden firmemente que todos los halagos sociales no pueden tener otra interpretacion que la odiosa i repugnante que ellos les dan.

La mujer que tiene la desgracia de unir su existencia a la de un hombre celoso, si quiere conservar su tranquilidad i gozar de algun solaz en los trabajos

del mundo, tiene que resignarse a una vida oscura i solitaria, sofocar sus sentimientos, embrutecer su intelijencia y convertirse por fin en una autómeta útil tan solo para satisfacer los apetitos brutales de su marido.

Un antiguo poeta español, Gil-Polo, en su *Diana enamorada*, tratando de pintar los celos en el matrimonio, dice.—

“¡Qué fátiga es para la mujer ver su honestidad agraviada con una vana sospecha! qué pena le es estar sin razon en los mas secretos rincones encerrada! qué dolor ser ordinariamente con palabras pesadas i aun a veces con obras, combatida! Si ella está alegre, el marido la tiene por deshonesta; si está triste, imajina que se enoja de verle: si está pensando, la tiene por sospechosa: si le mira, parece que le engaña, si no le mira, parece que le aborrece: si le hace caricias, piensa que le finje: si está grave i honesta, piensa que le desecha: si rie, la tiene por desenvuelta: si suspira la tiene por mala: i en fin, en cuantas cosas se meten estos celos, las convierten en dolor, aunque de suyo sean agradables. Por donde está mui claro que no tiene el mundo pena que se iguale con esta, ni salieron del infierno haspías que mas ensucien i corrompan los sabrosos manjares del alma enamorada.”

Hai celosos, se dirá, que no privan de las diversiones ni de los placeres del mundo a sus esposas: que las obsequian profusamente, que las adornan i alhajan con magnificencia, que las procuran distracciones i que ponen todo el conato posible por ver brillar constantemente en sus ojos la alegría de la felicidad.

Pero una de esas mujeres ¿podrá entregarse con tranquilidad a las diversiones ni gozar de los placeres del mundo? jamás. El marido estará siempre vijilando a su lado: sus celosos ojos devorarán todas sus acciones, procurará interpretar todas sus palabras por el movimiento de sus labios, i se irritará a la mas insignificante muestra de cariño que haga a un extraño. La mujer que está de él pendiente, que lo observa a su vez, que ve la impresion que le causan sus sociales manifestaciones ¿podrá gozar de la diversion? podrá entregar su corazon a los placeres que la rodeen un solo momento siquiera? Qué pueden importarla algunos instantes de gozo mezclados de zozobras, cuando sabe a ciencia cierta que ellos le acarrearán horas eternas de amargura, dias, meses talvez de renovados disgustos, de penoso aislamiento i de miles mas sinsabores que la perseguirán en el seno mismo de su familia? ¿Quién cambia por un segundo de placer un siglo de tormento?

Esa mujer, pues, no se distraerá en esas diversiones ni gozará en esos placeres.

I si esa mujer no puede entregar su corazón a los gozos sociales ¿de qué la servirá que su marido la obsequie profusamente, ni que la adorne i alhaje con esplendor? Talvez para mayor martirio. Sí, porque por medio de esos atractivos materiales llamará mas que otras la atención i se multiplicarán sus admiradores; i en tal caso se despertarán tambien mas vivamente la atención del marido i sus celos i se multiplicarán sus sinsabores. Esos adornos i esas alhajas no serán, pues, medios de distraerla ni de proporcionarla felices pasatiempos, sino objetos de ódio que servirán solo para aumentar sus amarguras. En valde se vestirá a la víctima de gala, cuando la idea del sacrificio tiene embargada su mente. No se cura la llaga porque se la cubre con franjas brillantes.

En vano tratará el marido de proporcionarla agradables pasatiempos por ver brillar en sus ojos la alegría de la felicidad. Esos ojos habrán ido poco a poco debilitándose en su luz: aquel fuego vivificante de las miradas de una mujer en los años de su juventud, se habrá en ella amortiguado por el riego continuo de sus lágrimas; i jamás en ningunos ojos puede brillar la alegría, cuando no está en

el corazón la felicidad ni el contento. El pesar apaga la vivacidad del alma, i si los ojos son los espejos donde aquella se refleja, por fuerza deben languidecer en sus miradas i estar continuamente bañados de tristeza.

Luego no hai felicidad para una mujer que esté unida a un hombre celoso: esclava eternamente de los caprichos del marido, verá con dolor volarse los mas preciosos años de su vida sin que la dejen sus inquietudes siquiera algunas horas de ventura, e irá avanzando a la vejez melancólica i solitaria.

Hai mas aun : hai hombres que les *pegan* a sus mujeres. Esto es infame. La mujer que pudiendo vivir independiente de un marido que la maltrata, sigue haciendo vida con él, prueba que en nada tiene su dignidad de esposa ni de madre i no puede ménos que inspirar desprecio. Si los celos injustos del marido o su conducta depravada lo llevan a estropear indignamente a su esposa, debe ésta alejarse inmediatamente de su lado, porque el hombre que se avanza a pegarle a una mujer, que tiene una alma incapaz de conmoverse por las lágrimas de aquella que alguna vez talvez amó ; que se enzaña contra la debilidad, que dá martirio con sus propias manos a la madre de sus hijos, es un ser miserable, un asqueroso verdugo, incapaz de un sentimiento

jeneroso i de una accion noble i buena. Nada tiene la esposa que esperar de él, sino padecimientos i deshonor ; i está en su derecho, i es su deber, por el ejemplo mismo que se dá a los hijos, separarse de su lado toda vez que se lo permitan sus recursos. La mujer que se *acostumbra* a los golpes del marido, que se contenta solo con moquear un rato para despues ir ella misma a suplicar, cuando tiene la conviccion de no haber merecido un trato semejante de su esposo, es porque ya ha perdido ese candor que hace a una mujer tan dulcemente recomendable, es porque ya no tiene vergüenza ; i nada creemos que exista tan digno de desprecio, como una mujer sin vergüenza.

Pero aquella que no tiene mas recurso que ese marido que la maltrata ¿qué hará? Aquella que no tiene donde detener su mirada sino en el mismo hombre que la pega ¿a dónde se retirará con sus hijos? quién se los alimentará i educará? Esta es la situacion mas triste de una mujer : las aflicciones de su vida le llagarán el corazon i en todo encontrará sufrimientos i desconsuelo. Por eso ya hemos dicho que ántes de unirse en matrimonio deben los amantes conocerse recíprocamente en su carácter e inclinaciones ; i es ciertamente bien difícil que dos almas enamoradas que se contemplan diariamente, puedan

encubrir sus sentimientos i no se revelen bien pronto en la estension de su carácter. La mujer, que no debe en ningún caso cegarse por la pasion, que debe pensar maduramente ántes de entregar sus destinos a un hombre, puede con facilidad preveer el porvenir que la aguarda respecto del trato que pueda darla su marido. Una mujer instruida o de talento, no es fácil que pueda equivocarse.

La mujer que se sienta celosa no debe jamás pensar en casarse, sin pensar primero en corregirse, porque será mil veces mas importuna i fastidiosa que un hombre que tenga el mismo defecto, i se acarreará por sí propia la mayor parte de las amarguras de su vida. El hombre para pasarlo bien en sociedad, i por honor de su misma educacion, debe ser siempre condescendiente i amable, atender principalmente a la mujer con cariñosa solicitud i hablarla : de manera que si la esposa mira en cada uno de estos actos de buena educacion un principio de infidelidad del esposo, concluirá éste por aburrirse de ella i darla mala vida o despreciarla. Como el hombre tiene la libertad de abandonar su casa a la hora que le acomode, la mujer celosa le estará indagando que a dónde fué i de dónde llega, que con quién ha estado, i que por qué se viene tan tarde, i que ya no le cabe duda que le es infiel, i que para

eso se casó con él para ser desgraciada, i que cuan mejor no estaba al lado de su madre o de su abuela, i que ya no puede soportar a un hombre que la abandona por ir a enamorar a otras mujeres, i que ya no hai para ella felicidad en la tierra.
¿Hai bocado que se les parezca a estos luciferos con faldas? ¿Hai paciencia para mantener siempre a la oreja una semejante chicharra? Estamos seguros que con una esposa de esta naturaleza, no conservaria por mucho tiempo la sangre fria el santo mas santo de la corte celestial.

La buena educacion puede considerablemente mejorar a una mujer celosa, pero siempre sufrirá viéndose obligada a reprimir sus sentimientos. Piense siempre que con la manifestacion de sus celos no consigue las mas veces otra cosa que ponerse en ridiculo i con sus impertinencias al esposo, regularmente se acarreará desgracias. No espere jamás que venga a darla lecciones la esperiencia, porque estas son crueles i no compensan en manera alguna la enseñanza que facilitan con las amarguras que llevan siempre consigo. Beba esa esperiencia en los libros i ponga siempre de escudo a los arranques de su carácter las advertencias saludables de una buena educacion.

IX.

Una mujer *mala* es lo mas malo que en el mundo se conoce. La Biblia dice en el libro de los Proverbios—*Mas vale morar en tierra yerma que con mujer rencillosa e iracunda*—I efectivamente, con mas facilidad brotarian bellas i perfumadas flores en desiertos arenales, que en el corazon de una de esas mujeres algun sentimiento delicado i noble. Si por casualidad llega a conmoverse al impulso de un tierno pensamiento, bien pronto viene el mal instinto a borrar hasta las huellas de esa impresion. ¿I pueden mejorar a esas mujeres una educacion estricta i una instruccion sólida? Siendo malas por instinto i presentándoles a cada paso la sociedad nuevas intrigas en que ejercitar su carácter, sucumbirán siempre a la tentacion. Hai constituciones que no pueden resistir a la fuerza del sentimiento i que se dejan involuntariamente arrastrar por los vaivenes de las pasiones. La fantasía les domina la razon i procuran huir de la realidad para caer en la realidad misma. Lo único que pensamos que pueda, no curarlas sino modificarlas

solamente, es el vicio mismo o la soledad i el aislamiento.

La mujer que tenga la desgracia de conocerse inclinada al mal, procure pues aislarse, si quiere conservar una reputacion pasable en el torbellino de la sociedad, i aunque mienta, hable i obre siempre en contra de sus sentimientos, que habrá hecho i dicho así mas buenas cosas que impulsada por ellos.

La historia de las malas mujeres del mundo está sembrada de crímenes inauditos i bárbaros que sobrepujan con mucho a los de los hombres mas criminales. La mujer solo es débil para ceder al placer, porque esa debilidad fué uno de los castigos impuesto a todas por Dios en la Esposa de Adam, pero es valiente i resuelta para arrostrar el sufrimiento i veloz en sus determinaciones. Como esté viciada en sus sentimientos i se halle embargada por alguna pasion violenta, salvará el abismo sin reflexionar que puede encontrar una muerte prolongada i terrible en el fondo del precipicio.

Pero entre nosotros no existen estos caracteres i solo en el bajo pueblo suelen mui de tarde en tarde presentarse ejemplos de ferocidad femenina, en que una mujer dé muerte a su esposo o a sus hijos, mas por la corrupcion de sus costumbres que por maldad instintiva.

La historia de las mas civilizadas naciones del mundo nos dice que por allá las mas famosas criminales que la han asombrado, han salido de las cunas de la nobleza, de la alta nobleza, i que muchas de ellas han sostenido una corona: porque cuando la ambicion se apodera de esas almas malas, no hai medio que las detenga una vez que cuenten con elementos para alcanzar su objeto. Esas mujeres debian abandonar las polleras i vestir la capucha del *jesuita*.

Felizmente en las nacientes repúblicas de por acá, que aun se empeñan en tener por *salvajes* algunas de esas ilustradas i soberbias poblaciones del viêjo mundo, no aparecen ejemplos de esas *civilizadas barbaridades*. Será probablemente por la carencia de *ilustracion*; aunque un campesino de buen sentido diria—puede ser que sea por la falta de una excesiva corrupcion de costumbres.

X.

Ya es tiempo que la esposa entre nosotros ocupe su puesto; que cese esa degradante esclavitud en que se mantiene i goce tambien de aquella libertad que en nada puede perjudicar el honor de una familia. La mujer no ha sido tan solo creada para pasto

de la concupiscencia del hombre; su mision es mas importante i mas noble.

Cesen en el matrimonio las influencias de personas estrañas, respecto a los secretos del hogar. Estas no hacen mejor a una mujer i sí muchas veces mala o desgraciada, ya sea reduciéndola a una situacion desesperante de miseria, o ya convirtiéndola en *cortesana*. Los favores i honores que en esta posicion puedan las mujeres recibir, no alcanzarán jamas a quitar las manchas de su nombre ni a purificar su memoria. El papel que desempeñen siempre será triste i espuesto, aunque hagan de ellas otras Olímpias, otras baronesas de Krudner u otras princesas de Lieven. No por haber sido enterrada la célebre cortesana romana Imperia en la iglesia de santa Bárbara, i haber hecho grabar su epitafio el mismo Papa Leon X tributándole homenaje, ha dejado la posteridad de recordarla tan solo como una *cortesana* cuya vida se marchitó en el desórden. Dejen esas prácticas para Roma la *católica*, donde una señora, luego que le entra un cardenal de visita, con un cinismo *galante* ordena decir a su criado a las personas que desean verla—*La signora est innamorata*. ¡Digno lenguaje de una sociedad donde la *sotana* absoluta i esclusivamente impone la lei!

No pierda una esposa jamás su dignidad dando lugar a que la maledicencia se cebe en ella i a que cualquiera se crea autorizado a importunarla con indecorosos galanteos. El hombre cifra toda su vanidad i halaga su orgullo en referir sus *conquistas*, porque dice que *en contarlas está el gusto*; i esta violacion de los secretos mas íntimos del amor, es otra de las circunstancias que una mujer casada debe tener siempre presente cuando se sienta impulsada por desordenados deseos. Continuamente nos quejamos de que la vida es corta: ¡infelices de aquellos que tienen que lamentar su duracion! I para nadie se alarga mas la existencia, como para las mujeres que tienen que soportar el ódio de sus maridos, el desprecio de sus hijos i los anatemas de la sociedad.

La felicidad del hogar está en el cumplimiento del deber: penétrense bien de esto las mujeres, pues muchas veces se ve que desatienden sus obligaciones por correr tras de ficticios placeres que solo pueden embriagar un instante mientras satisfacen la vanidad, i vuelan en seguida dejando en el alma cansancio i penas. Jamás puede ser provechoso para su porvenir el andar deshojando la vida en el torbellino del mundo, sin dignarse siquiera fijar la vista en su recinto doméstico, donde dejan talvez en pe-

ligro la paz de la familia. Gocen de la juventud de sus años, acaricien si quieren todavia mentirosas ilusiones de dicha, pero sin olvidar que su existencia está identificada a la de otro ser i que hai sagrados deberes que cumplir.

Instrúyase la esposa en toda obra buena i provechosa que pueda haber, no tanto por gala i utilidad de ella misma, cuanto porque esa instruccion le servirá para la educacion de sus hijos; i en este mundo en que vivimos de tantas verdades mentirosas i de tantas mentiras ciertas, miétras mas se sabe, mas necesidad hai de aprender.

Nada mas crítico para un marido, que ver a su mujer ponerse en ridículo en sociedad por haber dicho algun solemne disparate; i esto no es mui raro. La esposa instruida i prudente mucho ganará en la estimacion de la sociedad i de su esposo. Cuando se hayan debilitado los materiales goces, cuando se hayan ido poco a poco deshojando las flores de la juventud i la belleza, cuando vayan huyendo los años arrugando el rostro i tiñendo los cabellos, la mujer de instruccion i de fácil trato tendrá siempre su atractivo que la hará cautivar la atencion i consideraciones de cuantos la rodeen.

Sobre todo, es preciso que la mujer no se deje ultrajar por un hombre torpe i grosero: no se unió

a él para ser su esclava i arrastrarse envilecida a su lado por satisfacer únicamente sus necesidades i caprichos. Sepa sostener sus derechos que tambien son sagrados, i sin negar obediencia al esposo, sepa conciliar su libertad con sus deberes. Al hombre le place esa humillacion de la mujer, porque es inclinado al mando, i quiere ser en todo caso el señor; i aun miraria con gozo resucitar las leyes de Rómulo que condenaban a muerte a una mujer casada por el solo hecho de beber vino. Puede sentir mucho amor, puede llegar a ser *estremoso* en su pasion, pero no renunciará el despotismo. Este es el que debe combatir la mujer; i al fin es preciso, sino hacerlo desaparecer, dulcificarlo al ménos.

Se vé, pues, que la mision de una *esposa* no es tan insignificante i sencilla como creen la mayor parte de nuestras jóvenes, que únicamente se circunscriben cuando se casan, a hacer algunas caricias al esposo i a gastar un lujo desmedido para llamar la atencion en sociedad, como si se propusiesen dar principio a algun nuevo plan de *conquistas*. Esto cuando no se tornan *regalonas* i antojadizas, cual si llevasen la intencion de dar al traste lo mas pronto posible con la paciencia de su dulce mitad.

Bien puede una mujer ser una excelente esposa, sin tener por eso todas las virtudes de Lucrecia.

... el punto en el que se encuentran los dos mundos, el mundo de la vida y el mundo de la muerte, el mundo de la carne y el mundo del espíritu, el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia, el mundo de la ciencia y el mundo de la fe, el mundo de la razón y el mundo del amor, el mundo de la ley y el mundo de la misericordia, el mundo de la justicia y el mundo de la paz, el mundo de la verdad y el mundo de la belleza, el mundo de la vida y el mundo de la eternidad, el mundo de la carne y el mundo del espíritu, el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia, el mundo de la ciencia y el mundo de la fe, el mundo de la razón y el mundo del amor, el mundo de la ley y el mundo de la misericordia, el mundo de la justicia y el mundo de la paz, el mundo de la verdad y el mundo de la belleza, el mundo de la vida y el mundo de la eternidad.

LIBRO TERCERO.

1.

Se invitó una vez en Roma en los antiguos tiempos, a que se presentasen todas las señoras en cierto sarao con las mas preciosas joyas que tuviesen, a fin de ver cuál de todas resplandecia mas i se ganaba las consideraciones de la sociedad. Llegado el día designado, empezaron las matronas a presentarse adornadas de brillantes i de toda clase de alhajas esplendentes i riquísimas. Pronto entró al salon una señora sencillamente vestida, sin piedras de ninguna clase i conduciendo unos niños de la mano. El traje en que se presentaba no pudo ménos de llamar la atencion i ocasionar murmullos. Se acercaron entónces a ella i la preguntaron, que

cuáles eran sus joyas. Ella respondió al instante mostrando los niños—*Mis hijos: he aquí mis mas preciosas alhajas.*—I efectivamente, habia sabido esa señora educar tan bien a sus hijos, que todos comprendieron que era ella la que se presentaba mas bellamente alhajada, i fué la que se ganó el aprecio i consideraciones de todos.

¡I qué joyas de mas valor pudiera presentar una madre?

Cierto que es bien sabia la máxima que dice, que el mejor patrimonio que se puede legar a los hijos es una buena educacion; i es a la madre a quien toca de primera mano preparar esa educacion, que importa talvez mas a sus hijos que los bienes materiales i por consiguiente precederos que les legue. La madre es la que toma el niño a su cuidado desde el dia de su nacimiento hasta que se le encierra en las aulas; por lo tanto es ella la que le imprime esas primeras ideas que van arraigándose i tomando cuerpo en su espíritu a medida que el niño se va desarrollando en sus facultades. Luego viene la instruccion a luchar con la mayor parte de esas ideas convenciendo al jóven de su falsedad, presentándoselas únicamente como fábulas inventadas para amedrentar o para engañar la inocencia de los niños. Pero no en todos consigue la ilustracion un triunfo

completo sobre esas preocupaciones bebidas con la leche de la infancia, i se vé siempre que viejos aun, se muestran plenamente convencidos de patrañas ridículas que basta el buen sentido para desvanecerlas.

En nuestras jóvenes sociedades es donde mas se hace sentir el influjo de esa educacion viciosa que dan las madres a sus hijos en los primeros años de su vida. Esto es de tradicion española, porque de la España es de donde han salido esas absurdas combinaciones de *brujas*, *hechizamiento*, *majía*, i tantas mas simplezas que marcaron la época de decaimiento de esa gran nacion, i donde se levantaban hogueras para reducir a cenizas a los infelices que el pueblo condenaba como *hechizadores* o *nigromantes*. Los absurdos cuentos a que estos daban oríjen, eran recojidos con avidéz por las nodrizas para entretener a los infantes o meterles miedo, consiguiendo de este modo no pocas veces enfermar su espíritu. Esas fábulas que debian haber pasado con las Trifaldis i las Doloridas, aun entretienen al pueblo ignorante, que es de donde salen esas *amas* que se contratan por las familias para amamantar a los niños.

Parece a primera vista una necia puerilidad el fijarse en lo que puedan las *amas* o madres hacer

creer a los niños luego que empiezan a despertarse sus facultades, pero es un hecho averiguado el influjo que con el tiempo vienen a tener sobre ellos esos incidentes de su educacion primera, que obran muchas veces en su misma organizacion física atacando el sistema nervioso. Ninguna madre se cuida de destruir esta ridícula costumbre de las mujeres que llevan a sus casas para que sirvan de madres a sus hijos. Pero tienen razon: qué van ellas a fijarse en lo que se le puede enseñar al niño, cuando lo entregan desde que nace a manos estrañas, i solo lo toman en sus brazos para formar acontecimientos con sus caricias i enseñarlo a voluntarioso i chillon.

Es una verdad que entre nosotros mui pocas son las madres que saben educar a sus hijos; mas diremos; mui pocas son las que saben ser *madres*. I esto proviene esclusivamente de la falta de educacion, de esa pobreza intelectual de la mujer, que cree que ha nacido únicamente para engañar al hombre, gastar lujo i casarse: i despues. . . . que venga Cristo a cargar con la cruz.

No es esta una severidad en nosotros, sino una verdad que ya quisiéramos vea completamente desmentida. Las preocupaciones de los padres se transmiten a los hijos desde su primera edad, lo que ha-

ce que despues se haga mas dificil la educacion. Si todas las madres estuviesen convencidas, como la matrona romana, que el adorno mas precioso que puede enorgullecerlas en sociedad, son sus hijos bien educados, la sociedad daria un paso inmenso a su mayor perfeccion. Pero hai apego a esas rancias costumbres legadas por nuestros padres i bebidas en la leche, i se cree un *trastorno perjudicial* cualquiera reforma en ellas; como si las necesidades estuviesen ya consagradas por una lei, inviolables i declaradas una necesidad evidente a nuestro bienestar social!

II.

Desde que nace la criatura ya se hace sentir el vicio del sistema, porque entre nosotros rara es la madre que alimenta a sus hijos, i todas contratan nodrizas, que llaman *amas de leche*, para que vayan a amamantar al niño. Esta costumbre de dar madres postizas a las criaturas, es un abuso introducido por la vanidad de la mujer; pues ésta entrega sus hijos a que se los alimente el pecho de una persona estraña, tan solo porque su físico no se

deteriore por la crianza, por no ponerse *fea*. ¡Siempre el espíritu de conquista! El deber subyugado a la vanidad! ¿Creen que el mundo atenderá con mas preferencia a una mujer que tenga la tez rosada i embetunada la frente, i que deje en el corral a sus hijos a merced de una *ama* que le escaseará el alimento i le pegará, que a otra que sepa cumplir con sus obligaciones de madre, que amamante a sus hijos, como manda la lei cristiana, i que cifre todo su orgullo en no abandonar su cuna i en atender a su esposo, aunque tenga apagado el brillo de su frente i pálidas sus mejillas? Pues se engañan si tal creen; porque ningun hombre sensato i de valor en sus juicios, podrá jamás formar de ellas una opinion favorable, i solo cautivarán la atencion de los necios, de esos mozalvetes que andan a caza de impresiones, i que léjos de favorecer disfavorecen con sus halagos.

Que la madre que se sienta enferma o pueda enfermarla el amamantar a sus hijos, los entregue bajo su inmediata inspeccion a una nodriza, nadie puede criticarlo, porque en todo caso primero está la madre que el hijo; i lo contrario seria un acto de crueldad inútil consigo misma; pues en último caso no solo ella tendria que experimentar las arriesgadas consecuencias, sino tambien la criatura. Pero

las que no son enfermas ni hai probabilidad de contraer enfermedades por dar el pecho a sus hijos, deben ellas mismas amamantarlos i velar sobre su cuna.

¿Quién puede tener la ternura de una madre? ¿qué solicitud puede igualarse a la suya? ¿Quién sino ella puede tener esa paciencia, esa dulzura que se necesita para acariciar al niño i adivinarle sus dolencias? El instinto de una madre conocerá por el llanto los sufrimientos de su hijo i se apresurará a mitigarlos; interpretará sus necesidades i se apresurará a satisfacerlas: nadie puede reemplazarla en sus sagradas tareas; nadie hai que tenga su voluntad para sufrir las impertinencias de la criatura i desvelarse a su lado.

I despues, el amor maternal encuentra su mas dulce recompensa en sí mismo. El gozo tan inefable i puro que experimenta una madre en acariciar a su hijo, la indemnizará de todos sus afanes: no hai placer que pueda compararse a las delicias del amor materno. Las sonrisas del niño que se inquieta i juega en las rodillas de su madre, sus gracias mas insignificantes i sencillas, llevan oculto todo el secreto de los placeres de aquella que lo alimentó en sus entrañas i que con tanto dolor lo dió a luz: pero placeres que tan solo una madre puede comprender en

toda su pureza i ternura. Dios la ha dotado de ese sentimiento sublime de amor; de esa llama oculta de esplendor tan suave, que hace brotar en su corazon flores tan preciosas que embalsaman su existencia. La madre que tiene mucho amor no deja lugar en su pecho para las malas pasiones; i aunque sufra desgracias en su vida, lleva el consuelo en su conciencia i la conformidad en su alma. I en esto está la felicidad si en algo puede estar en este mundo.

I de esa felicidad que enjendra el sentimiento mas dulce i noble que pueda ajitar el corazon de una mujer, estará privada aquella que procure sofocarlo porque no alcance a comprenderlo i tenga en mas estima los halagos finjidos i estenuadores placeres de una sociedad que procurará beber toda la luz de sus ojos, pero que no hará nada por volverla el color de sus mejillas ni ahuyentar las sombras de su frente. No calmará su despecho en presencia del hijo que le tienda los brazos, porque se hallará su alma ocupada en los proyectos del siguiente dia i envuelta su mente en las intrigas que le arrebaten su tranquilidad. Entregada enteramente al bullicio fuera del hogar de su familia, nada consagrará al culto del amor materno, que es tambien amor divino; porque sin duda Dios debe querer a sus hijos con la ternura de una madre, con la ternura con

que Maria quiso al Redentor. Por quitar una sola flor al mundo, habrá marchitado, habrá destrozado ántes de desplegar sus hojas, tantas otras bellas flores que la naturaleza siembra en el corazon humano.

No pueden, pues, jamás compararse los instantes de placer que puede proporcionar el orgullo satisfecho, con los goces puros i tranquilos que recoje una madre al lado de sus tiernos hijos, quitándoles el hambre con su leche i abrigándolos por sus propias manos.

No porque el mundo atienda aparentemente a una mujer que da todavía *esperanzas* a pesar del esposo i de los hijos, porque aun conserva la frescura de la juventud en sus facciones i las gazmoñerías de una jovencita de quince años, deja de murmurar por lo bajo contra la regla de conducta que observa, i de sacarla por ejemplo allá en sus conciliábulos, toda vez que se trate de las mujeres que gustan deshojar su vida en el desórden. Tal es la condicion humana! tal la sociedad! La infidelidad hasta para con sus cómplices! En esta vez al ménos se hace justicia.

III.

En lo que debian las madres poner una atencion esmerada, es en la educacion relijiosa que dan a sus niños. Esta está entre nosotros deplorablemente descuidada.— Como el asunto es de suyo delicado i mucho mas en un país como el nuestro, nadie se ha atrevido públicamente a dar sanos consejos a las madres de familia a este respecto. Pero nosotros lo haremos, que ansianos de corazon el mayor adelantamiento de nuestra sociedad, i nada nos importan el murmullo de las preocupaciones ni las aménazas del ciego fanatismo.

Todo el afan de las madres luego que ya empiezan a hablar sus hijos, es enseñarles a mascar los rezos de la iglesia, i cuando ya han cumplido siete u ocho años, hacerlos confesarse i comulgar.

Esto es vicioso.

Acostumbrado el niño a balbucear las oraciones que se le enseñan de memoria, no hace mas que repetir las como el papagallo, sin que jamás se detenga a meditar sobre ellas ni nunca llegue a saber lo que dice cuando reza. Nosotros hemos visto a mozos

grandes, que recitaban como el *agua* cuantas oraciones se conocen, avergonzarse todos al decirles que esplicasen la divina oracion de Jesucristo, el *Padre nuestro*; i despues de vacilar i ponerse colorados, se han soltado a decir disparates. Ya en la manera como lo recitaban sin puntuacion ni sentido, se conocia que no entendian lo que estaban diciendo. El *Padre nuestro*, como dice Chateaubriand, resume toda la relijion del Redentor; en él se encierra toda la sabiduría de la iglesia de Jesucristo; i ántes de enseñársele al niño de memoria, debia esplicársele a fin que comprendiese esa sublime oracion del divino Maestro.

¿Pero cuántas son las madres que se toman este trabajo cuando enseñan a rezar a sus hijos? Poquísimas. ¿I está el niño en edad de comprender lo que se le enseña cuando recientemente empieza a hablar? De ninguna manera. Luego es a toda luz inútil que se afanen tanto las madres por enseñar de memoria a los niños las oraciones de la iglesia, cuando aun de nada pueden formar idea i no tienen su razon despierta. Ese tiempo que pierden en tan vana tarea, pueden emplearlo mui mas provechosamente.

En vez de enseñarle miles de simplezas i engañar a cada momento la credulidad del niño, debian contraerse a moderar sus instintos i a instruirlo so-

bre los objetos que le hieran. Cuando cometiese alguna falta no limitarse solamente a castigarlo por ella, sino a hacerle conocer el mal que ha hecho i por qué no debe volver a hacerlo. De este modo el niño irá formándose idea del bien i del mal i se irá haciendo pensador i reflexivo. Cuando sea de un jenio loco no es conveniente atraerlo a la moderacion con violencia, porque esas repentinas transiciones pueden dar resultados perjudiciales. La suavidad es siempre mas seguro correctivo.

A medida que el niño vaya creciendo i cuando ya sepa leer, es preciso despertar i robustecer en su alma tierna, toda clase de sentimientos jenerosos i buenos. La primera virtud que debe hacérsele practicar, la que con mas teson debe una madre procurar imprimir en el corazon de su hijo, es la *caridad*, esta antorcha del cristianismo, esta luz vivificante i bienhechora que purifica las almas i las acerca tanto a los altares de Dios. San Agustin lo ha dicho—“la caridad es el triunfo de la verdad”—luego el niño que amase i ejercitase esta virtud, ya tendria en su pecho el jérmen de las demas virtudes, la primera verdad del Evangelio, el triunfo de la relijion sobre los malos instintos i las pasiones mundanas, tendria un rayo del sol de la divinidad. Una alma dominada por esa virtud, no es fácil que en el mun-

do se extravíe : su bondad la hará siempre buscar el buen camino, i su fé sostendrá en todo caso su esperanza.

I cierto que esto debe agradecer Dios mas a las madres, que el que hagan a sus hijos recitar como el loro todas las oraciones de la iglesia i no les corrijan sus instintos rencorosos i egoistas. I se nos antoja que todos esos misticones que vemos comerse los santos en las iglesias, que comulgan a menudo, que tienen para todo a Dios en los mugrientos labios, i que no son capaces de dar una limosna al pobre ni conmoverse a la vista del infortunio, i que solo piensan en amontonar riquezas por medio de escandalosas usuras, deben haber aprendido desde chiquitos mui bien el *catecismo* i todos los *ejercicios cotidianos* del mundo. Esos ponen en Dios *tanto amor*, que no les sobra nada que repartir entre sus semejantes ; se consagran *tan de lleno* a lamentar los padecimientos del Divino Redentor, que no les queda un segundo de tiempo para condolerse de las desgracias de sus hermanos. Dios sabrá recompensarlos.

La caridad encenderá en el corazon del niño el sentimiento del amor i se acostumbrará a mirar en cada uno de sus semejantes un hermano. *Amaos los unos a los otros*, dijo Cristo ; i este sublime

precepto ya se habrá identificado en el espíritu del jóven cuando empiece a estudiar i comprender las verdades de su relijion.

La fraternidad huye del mundo a pesar de las nubes de *oraciones* con que los *papas* distraen la mente de los cristianos, i la causa principal de esa dolorosa ausencia, es el defecto de la educacion primera. Si se tuviese cuidado que ejercitase el niño la caridad, que mirase con amor a sus semejantes, la fraternidad echaria raices i conquistaria en el universo su imperio que hoi le ha arrebatado el egoismo.

Pero todas aquellas madres a quienes la suerte ha favorecido con riquezas, i que, merced a estas, se han ganado consideraciones de nna sociedad que vende sus halagos, el primer cuidado que tiene con sus hijos, es hacerles comprender que existe diferencia de clases en la especie humana, destruyendo de este modo una de las mas hermosas verdades del cristianismo, enseñando al chico ya desde que abre los ojos a que insulte la lei de Dios. Pero tambien tiene cuidado de hacerle aprender de memoria el *rezo*, sin atender a que ese niño pronuncia una cosa con sus labios cuando lleva otra mui distinta en el corazon. ¡I cómo se atreveria esa madre a esplicar a su hijo el espíritu de las oraciones del cristiano, cuando

estas están en oposicion con las prácticas que le hace observar? I qué contestaria al niño si éste la repli-case? Quisiéramos ver a una de esas madres en semejante apuro por saber cómo salia del paso.

Espérese que el niño haya despertado en su razon para empezársele a instruir en los principios relijiosos que deben fortalecer su conciencia i sistemar sus prácticas sagradas. Hágasele estudiar su relijion en el Evangelio, que se instruya lo mejor posible de la historia del cristianismo i que ejercite las buenas obras; pues nada vale la teoría en materia de relijion, si no le sigue inmediatamente la práctica. Nada vale que diga que es bueno, relijioso, santo el *dar de comer al hambriento*, si él pasa por encima del mendigo i pudiendo no le quita el hambre; que es bueno, relijioso, santo *enseñar al que no sabe*, si él pudiendo no enseña al pobre ignorante; nada le vale repetir besando el suelo—*vestir al desnudo*, si jamás le dá una limosna al huérfano. Una madre no debe empeñarse tan solo en hacer aprender al niño esas oraciones de memoria, sino aconsejarle que las ponga en práctica sin ostentacion ni aparato, i que haga el bien por el bien mismo i no por vanidad.

Así se irá instruyendo en las sublimes verdades enseñadas por el divino Maestro i conocerá toda la importancia de su relijion: así se fortalecerá su es-

píritu en esa fuente de vida, en ese raudal inagotable de esperanza, i podrá soportar las desgracias i mantenerse virtuoso i consecuente en las vicisitudes mundanas. No le haga poner su fé únicamente en esas formalidades de la iglesia, descuidando las buenas obras, porque sin éstas aquellas a nada conducen: sin embargo, cuide de hacérselas observar. El santo i sabio Pascal lo ha dicho.—“Es necedad poner su fé i su esperanza en esas prácticas i formalidades de la iglesia, pero es soberbia el no querer someterse a ellas.”

Es una verdad que nuestra educacion relijiosa está basada únicamente en pronunciar con los labios algunas oraciones i en *confesarse i comulgar*. ¿De qué manera puede un niño ejecutar estos actos, cuando no tiene la conciencia de haber ofendido a Dios porque desconoce la esencia de su ser divino? Qué remordimiento pueden haber dejado en su alma tierna i todavía inocente las travesuras que pueda haber cometido? Qué acto de contricion verdadero hará, pues, el niño? No es el camino para hacer mejor a una criatura hacerla *confesarse*. El influjo saludable que ha tenido por objeto producir la iglesia al elevar al rango de *sacramento* la confesion auricular que ella ha inventado, no alcanzará al niño que desconoce la importancia del acto i cuando está en una

edad en que no puede hacer ningun *firme propósito*, ni puede sentir su alma triste por haber ofendido a Dios ; pues que no tiene su intelijencia ilustrada, ni fijeza en el pensamiento, ni tiene todavia corazon.

Se ha procurado rebajar la relijion de Jesucristo a una condicion indigna de su divinidad i hasta se la ha materializado. Pero ¡qué estraño es esto, cuando los que se dicen sus *representantes* han sacado sus sacramentos al mercado para venderlos por *pluta*, dando de este modo el cielo por los bienes de la tierra? Desde que los *papas* empezaron a negociar con la iglesia de Jesucristo, se ha hecho necesaria otra redencion del mundo. Nadie se puede hoi dia salvar de *valde* : pero ya se vé : todos los bienes del universo ¡cómo pudieran compararse jamás con la salvacion eterna? Que paguen, pues, dicen las sotanas, si quieren ver la cara de Dios. Pero ¡con qué derecho cobran ellos? ¡Cuándo les dijo Cristo, al dar su relijion al mundo—os dejo este *negocito* para que hagais algunos reales a fin de que paseis *confortablemente* vuestra vida?—Ellos se han nombrado *procuradores* de Dios, i para poder negociar a cara descubierta, han convertido a la relijion en *mercaderia* i en seguida se han hecho *contrabandistas*!

Es preciso que se posesionen bien de esto las ma-

dres de familia para cuando empiecen a instruir sobre su religion a sus hijos. Explíquenles el *Padre nuestro*, que es la oracion en que resplandece la sabiduria del Dios hecho hombre, i háganles que se penetren de su bondad divina; que una vez que ya esté su intelijencia completamente desarrollada e ilustrada, ellos mismos comprenderán la necesidad que hai de entregarse a ciertas prácticas cuando se los dicte la conciencia.

IV.

Debe una madre instruir a su hijo desde su primera edad sobre el mundo en que tiene que vivir, i no descansar solamente en lo que pueda enseñársele en la escuela. Las advertencias útiles i oportunas lo libran muchas veces de indiscreciones que, aunque inocentes, pueden redundar en su perjuicio o en perjuicio de tercero. Debe aconsejarle la circunspeccion en todo, i hacerle leer esas obras instructivas i morales que tanto influyen sobre la mente del niño i dulcifican tan notablemente los sentimientos. Las buenas obras son la comida de las almas buenas, porque ellas consuelan la vida en los contratiempos

mundanos, i el consuelo tambien alimenta. No crean que entendemos por buenas obras, el *Ejercicio cotidiano* ni esos libros místicos tan cargados de penitencias i de llamas del infierno, que procuran conquistar almas para el cielo por medio del terror de los eternos suplicios. Nosotros tenemos que la idea de la felicidad celeste debe contribuir tanto a la bondad de las almas cándidas, como la de los tormentos del infierno a la maldad de los réprobos.

Las obras convenientes son aquellas en que resplandece la bondad infinita de una relijion de esperanza, el premio de la virtud, la reprobacion universal de las malas acciones i las desgracias que le siguen, los elocuentes ejemplos de abnegacion i patriotismo, de caridad, de amor i de todas las demas virtudes evanjélicas.

Una alma robustecida de este modo en sus creencias, nada tendrá el poder suficiente para desviarla de ellas, i aunque despues lea i repase quanto libro pueda caer en sus manos de esos que se llaman *prohibidos*, no alcanzará jamás su lectura a debilitar su fé ni hacerla renegar de sus principios, porque todas las tempestades que las malas pasiones desencadenen contra ella se estrellarán contra una conviccion profunda, alimentada incesantemente por las satisfacciones de la conciencia. Puede dudar, si se

quiere, en aquellos puntos en que sostiene a la creencia únicamente la fé; pero como tendrá una alma inclinada al bien, por la sustancia saludable de que la ha nutrido, vendrá pronto el arrepentimiento a conducirlo a la senda de la que se habia momentáneamente separado. Un poeta americano ha dicho en verso esta verdad.—

El árbol de la fé tiene sus flores,

I si una vez la duda las marchita,

Una lágrima fiel las resucita

I exalan un olor mas virjinal.

El orgullo, la vanidad, la presuncion, debe tener cuidado una madre corregir en sus hijos. Estos defectos vienen despues a hacerlos intolerables en sociedad. Muchos se infatuan i se hinchan de vanidad i orgullo porque son *ricos*, i esta es una de las mas lastimosas necedades que pueden desacreditar a un jóven. ¡I si se ven reducidos mañana a la miseria por un acontecimiento cualquiera? a dónde van a ampararse? Entónces les brotarian los enemigos, aunque mas no fuese que para burlarlos, i tendrian el inmenso dolor de ver todo su orgullo i vanidad pisoteados por aquellos mismos que poco ántes insultaron tal vez con su desprecio. A su posicion

triste de miseria se les agregaria los malos tratamientos, i su vida toda no seria mas que una cadena prolongada de amarguras. Siendo en el mundo tan inconstante la suerte de una criatura, debe educársela sin perder jamás de vista esa inconstancia, i por eso debe combatirse siempre su ambicion procurando formarle un carácter humilde i jeneroso.

Todo ese esmero deben tener las madres con sus hijos en los años de su niñez, que son en los que les toca a ellas dirigirlos i formarles el corazon. Si esa primera educacion ha sido mala, mucho costará despues educar bien al jóven, i en no pocos casos se hará imposible borrar de su espíritu las huellas de los primeros vicios; i estos no tardarán nuevamente en despertarse, i llamarán a otros, i asi sucesivamente. Miéntras que aquel a quien se ha sabido educar, entrará a la juventud con un rico tesoro en el alma i se despertarán fácilmente en su corazon los buenos sentimientos.

V.

Para lo que una madre debe manifestar un tino i circunspección jamás desmentidos, es para dirigir en

los primeros pasos de su juventud a la hija, que sin tener la madurez de pensamiento i reflexion necesarias para hacer frente al mundo, entra a figurar en sociedad por el desarrollo prematuro de la mujer. Ya al principio de nuestro libro hemos hecho ver cómo debe educarse a la hija, i ahora agregaremos algunas mas reflexiones para dar fin a nuestra ingrata tarea.

El hombre luego que pasa de la niñez, se emancipa, por decirlo asi, de su madre, i marcha al lado de otras personas para preparar convenientemente sus años de juventud. No así la mujer que tiene que permanecer al lado de aquella hasta tanto que la suerte no venga a operar un cambio en su destino. Su mision, si mas esclava, no deja de tener por eso toda la nobleza i ternura que puedan encerrar los mas delicados sentimientos del alma. Hai algo de sagrado en esa mision constante que desempeña una hija al lado de sus padres, ya acompañándolos en sus tareas domésticas ya sirviéndoles de báculo en sus años de vejez. Ella es la fiel compañera de su soledad, la que consuela sus pesares, la que cura sus dolencias, la que lamenta sus desgracias i la que participa en fin de todas las emociones que pueden hacer su existencia feliz o infortunada.

Mas como la mujer está destinada a seguir al

hombre a quien se une en matrimonio i abandonar a sus padres, segun se lo manda la lei de Dios, debe recibir una educacion en armonía con ese destino para el cual ha sido creada. Esas mismas atenciones i cuidados que desempeña al lado de los autores de su existencia, tiene que continuarlos al lado de su esposo, al lado del padre de sus hijos. La madre debe, pues, instruir a su hija en todos los incidentes del camino que tiene que atravesar en el mundo, para que alcance a ser en él lo menos desgraciada i lo mas feliz posible.

Asi, desde que la niña aparece en sociedad, no debe ser espiada, pues que debe estar sostenida por su buena educacion i su virtud; pero debe ser advertida de todas las circunstancias que en algo puedan influir a su respecto. La esperiencia de la madre debe en todo caso resguardar la inocencia de la hija; i en todas sus advertencias procurar hacerse comprender por la franqueza i amabilidad.

Dificil sin duda es el rol que toca desempeñar a una madre cuando el jenio de su hija no se presta dócilmente a esas amonestaciones saludables i es voluntariosa i viva en sus pasiones. Estos son los caracteres mas espuestos en sociedad, porque son los que ménos se dan a la reflexion i por consiguiente los mas crédulos; i en el mundo ya hoi en dia se

ha hecho evidentemente necesario dudar i desconfiar. Una niña dócil, de buena índole, que jamás hace gala de altanería ni de desobediencia a sus padres, a mas de la recomendación que llevan en sí esas prendas tan honrosas, está mas cerca de un porvenir feliz, que otra de carácter orgulloso i que desprecia los deberes de una buena hija. Esta convicción que debe obrar en las madres, las llevará a hacer que la niña desde temprano sea humilde i complaciente, para no tener mas tarde que luchar con los arranques violentos de sus pasiones.

Cuando la reprenda sus faltas i corrija sus defectos, debe ser siempre con suavidad, sin ultrajar su candor ni amedrentarla. El estímulo es un recurso eficaz que debe siempre emplearse para con una mujer. La persuasión obra con mas provecho que las amenazas, i el buen ejemplo es la mejor de todas las lecciones.

No prive una madre a su hija de la lectura por consagrarla esclusivamente a los quehaceres domésticos, los cuales si es verdad que no debe desatender, eslo tambien que la mayor instrucción posible constituye el adorno mas importante i útil de una persona cualquiera.

I aconsejaremos aqui a las madres que no hagan caso de esas declamaciones fanáticas e importunas

de los necios santurrones contra las *novelas*. Hombres incapaces de ponerse a la altura de las inteligencias vigorosas e ilustradas, que no comprenden la sublimidad del talento en las almas despreocupadas i nobles, que se arrastran siempre envilecidos a las plantas del *jesuitismo* al cual han vendido sus brochas; hombres, en fin, que piensan, hablan i escriben por ajenas inspiraciones, son los únicos que se avanzan a anatematizar esas brillantes producciones de las imaginaciones fecundas, que tanto contribuyen al mayor progreso de la civilizacion de los pueblos i tanto provecho han reportado al mundo entero. Esos escritores jesuitas que condenan, por ejemplo, las obras de Eujenio Sue, de este primer escritor literario de la Francia, como perjudiciales a la juventud, merecen el mas solémne desprecio, porque con sus babas asquerosas, con sus rengloncitos pagados por los ambiciosos de sotana, por esos famosos criminales que le han robado a Jesus el nombre i que se han constituido en milicia pretoriana del *papa* trabajando en *Compañia*, pretenden eclipsar, mas que eclipsar, destruir, reducir a polvo una de las mas brillantes reputaciones de la Europa.

No tienen los padres de familia mas que fijar un instante su atencion en el interes que puedan tener

esos escritores jesuitas para ensañarse contra las obras de Sue. Es este el poeta que mas ha perseguido sus crímenes esponiéndolos a la espectacion pública, por librar a los inocentes de sus garras de vampiro, i ha denunciado al mundo sus subterráneas maquinaciones, sus hipócritas manejos para ganarse la confianza de los pueblos i de las familias. Les ha hecho mas mal este escritor con sus obras, que el que pudo hecérles la bula del pobre Ganganelli, de ese virtuoso papa Clemente XIV, que *inspirado por el Espíritu Santo, e impulsado por el deber que sobre él pesaba de restablecer la concordia en el seno de la iglesia, i determinado ademas por otros motivos que la moral le mandaba encerrar en su alma, los abolió i destruyó para siempre con sus funciones e institutos*. Ahora ¿cómo pueden ellos calificar esas obras? qué dirán de ellas i de su autor?—No está en sus intereses aconsejar, declamar i poner todos los medios de su parte para que nadie se instruya en sus maldades i crímenes? Habian de ser tan tontos para no perseguir por donde quiera ese *cólera morbo* que los acosa, que los llena de convulsiones i los mata? Es mui natural; asi es que no pierden ocasion de llamar *inmoral e impia* toda produccion de ese gran poeta, i de aconsejar a los padres de familia, en nombre de la *virtud* i de la *religion*, que no con-

sientan a sus hijos que las lean porque se *pervierten!*

Ya ven las madres si deben hacer caso de esas bastardas amonestaciones, de esas declamaciones hidrofóbicas, i cuál es el móvil que las produce.

Den no mas, sin temor alguno, franca entrada en su casa a las obras de ese evangélico escritor, que él llevará al hogar sanas ideas, ilustracion, verdades i hasta consuelo i esperanza. ¡Cuál es la noble virtud, cuál el jeneroso sentimiento que no se encuentre aceptado i ensalzado en las obras inmortales de Eujenio Sue? Cuál es el vicio, el delito, el crimen que no persiga i ataque?..... ¡I es el vicio, el delito, el crimen quienes se levantan a combatirlo!..... Penétrense de esto las madres.

Alejen, sí, a sus hijos i principalmente a sus hijas de todo contacto con personas contaminadas por el jesuitismo, porque esta es una corrosiva polilla que viene a producir sus efectos cuando ya se encuentra pegada a los huesos i se hace peligrosa la amputacion. Por eso debe instruirlos en la historia para que aprendan a conocer los enemigos de la humanidad i los huyan ; para que sepan defenderse de esas perjudiciales influencias que arrastran las mas veces con tanta maña i suavidad ; de esas melosas caricias cargadas de calculados elojios para halagar

la vanidad *i conquistar*. Estos sí que son los verdaderos enemigos del hogar : estos sí que deben evitar los padres, porque estos sí son los que pervierten a los hijos.

No arranque nunca una madre con violencia las primeras flores que hace brotar la pasión en el corazón de la joven. Es entonces tan crítica su situación moral, que la fuerza del sentimiento puede arrastrarla a la violencia o a una peligrosa consunción. Cada uno de esos retoños nacidos en el misterio de sus horas felices, alimentados por el riego de las primeras esperanzas *i asidos* al corazón con toda la fuerza de las primeras emociones, son otras tantas quimeras que dan vida al alma ; porque hai una época de la juventud en que tiene necesidad la existencia del calor de esas ilusiones para robustecerse *i* florecer.

Pero como al fin viene a tener toda ilusión su peligro por el engaño que envuelve, si vé la madre que ellas pueden en algun modo perjudicar el porvenir de su hija o amargar su presente, procure con suavidad deshojar esas flores, manifestando la realidad a la niña, *i* los escollos que presenta el mundo a la existencia real de esas quimeras, de esos venturosos sueños del alma, que nacen con las sonrisas de la inocencia para morir a los golpes del desengaño.

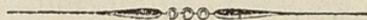
No sacrifique nunca su hija a la ambicion, no abuse jamás de su autoridad de madre para entregar talvez a una eterna desgracia a aquella que debe mirar con tanto amor. El infortunio de la hija en este caso alcanza tambien a la madre, i si la juventud de aquella es desesperante i amarga, esta tampoco puede contar con una ancianidad feliz. El mismo remordimiento al estar presenciando la desventura de su hija ocasionada por ella, le quitará el reposo de sus últimos años.

No atormente a su hija porque se encuentre amando contra su voluntad ; la misma niña no es dueña de su corazon i no puede ordenarle que no sienta cuando se haya impresionado. Si el objeto de su amor es digno de ella por sus méritos i virtudes, si no hai probabilidad de que sufran miseria por la falta de recursos, la oposicion de la madre a la realizacion del pensamiento de la hija, es injusta i cruel, i prueba con ella la ambicion que abriga, bien innoble por cierto, de sacrificarla al dinero. Estas oposiciones suelen tambien, cuando la hija es resuelta i se halla verdaderamente enamorada, traer consecuencias demasiado amargas para la familia i ocasionar desagradables acontecimientos, en los cuales son las mismas madres las que mas tienen que sufrir.

Déjala, pues, que sea feliz unida al hombre que ama, i así tendrá mas consuelos su vejez i mas bendiciones su memoria.

Esta es la sagrada mision de las madres de familia, i ojalá que algun dia llegue nuestra sociedad a resplandecer por ellas.

La mujer entre nosotros, que es de un carácter tan suave i bondadoso, no tiene que hacerse violencia alguna para adoptar los buenos principios i ennoblecerse a sí misma todo lo mas posible. Ella es la felicidad del hombre, porque es su mas bella esperanza en el mundo, i es ella la que dá a la sociedad animacion i vida. Póngase, pues, a la altura en que debe colocarse i edúquese e instrúyase segun las exigencias del tiempo que alcanzamos.



(Mayo 27 de 1854.)

1.92-4

- 3 -



